



HERALDOS DEL EVANGELIO

Número 201
Abril 2020

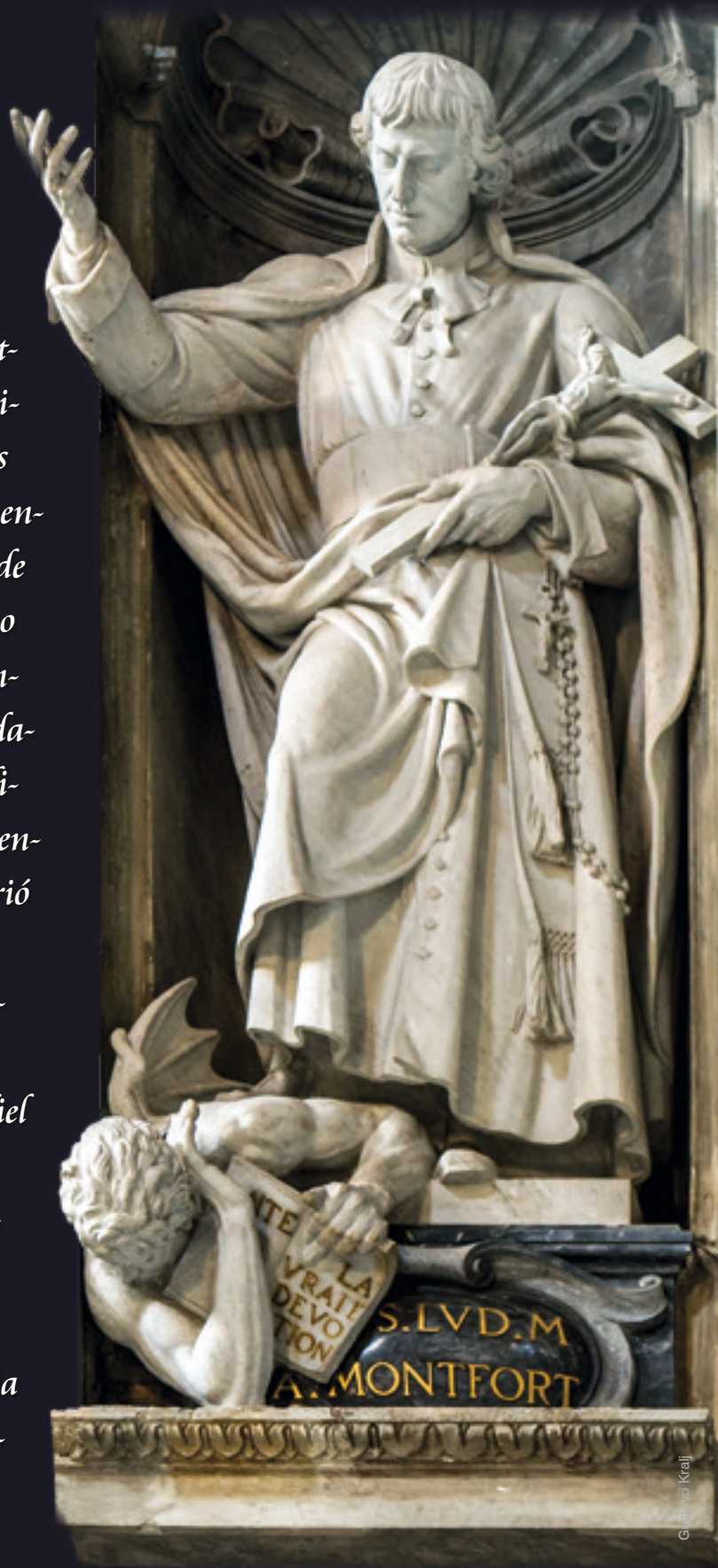
Una unión plena de amor

Profeta y misionero

San Luis María Grignion de Montfort fue un auténtico profeta y misionero. En el momento en que muchos espíritus ilustres se sentían completamente tranquilos en cuanto a la situación de la Iglesia —envueltos en un optimismo displicente, tibio y sistemático— él sondó con mirada de águila las profundidades del presente y predijo una crisis religiosa futura, en términos que hacen pensar en las desgracias que la Iglesia sufrió durante la Revolución francesa.

Como misionero causticó implacablemente el espíritu neopagano, haciendo cuanto podía para apartar al pueblo fiel del mundanismo y de todo aquello que poseía el mal espíritu nacido del Renacimiento.

Si San Luis Grignion hubiera extendido su acción misionera a toda Francia probablemente habría sido otra la Historia de aquel país y del mundo.





HERALDOS DEL EVANGELIO

Año XVIII, n° 201, Abril 2020

Director Responsable:
Gabriel Eduardo Escobar Ramírez

Consejo de Redacción:
Hno. Guy de Ridder, EP,
Hna. Juliane Campos, EP,
Severiano Antonio de Oliveira

Administración:
Asoc. María Reina del Tercer Milenio
Guayaquil, 1445 – CP 1615
Grand Bourg
Telf. 011-32211401
administracion@mariareina.org.ar

Suscripciones:
Argentina:
Guayaquil, 1445 – CP 1615
Grand Bourg / Telf. 011-32211401
argentina@heraldos.org.ar

Uruguay:
Iturbe 1920
12500 - Montevideo
Tel. (598-2) 2320-0712 / 2601-8890
fatima@adinet.com.uy

Paraguay:
Agustín Barrios, 341.
Barrio Manorá - Asunción
Tel. (595 21) 660 307

Montaje: Equipo de artes gráficas de los Heraldos del Evangelio

Los artículos de esta revista podrán ser reproducidos, indicando su fuente y enviando una copia a la redacción. El contenido de los artículos es responsabilidad de los respectivos autores.

SUMARIO

Escriben los lectores 4

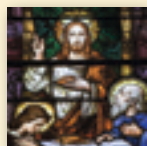
La única solución verdadera (Editorial) 5



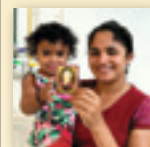
La voz de los Papas –
“Paz a vosotros”



María Santísima en el misterio de la Resurrección del Señor – El triunfo de la fe marial



Comentario al Evangelio –
Ver, reconocer
y amar al Señor



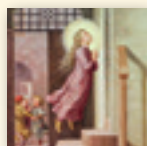
Luces de la intercesión de Dña. Lucilia – Reflejo del maternal amor de María Santísima



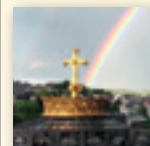
“Vuestros nombres están escritos en el Cielo”



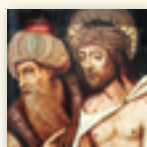
Heraldos en el mundo



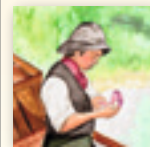
Santa Catalina de Siena –
Vivió en la tierra como si estuviera en el Cielo



Sucedió en la Iglesia y en el mundo



La escena del Huerto se repite...



Historia para niños...
El triste final de una envidiosa perla



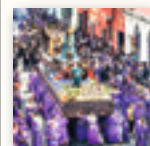
Santa Bernadette y
“la necesidad de la cruz”



Los santos de cada día



San Juan Bosco y la epidemia de cólera de 1854 – La fuerza de un varón de fe



Proclamando en las calles la victoria de la cruz



ESCRIBEN LOS LECTORES

AYUDA A NO OLVIDAR LA IGLESIA FUNDADA POR CRISTO

La revista *Heraldos del Evangelio* nos ayuda a crecer en santidad, amor y respeto para con nuestra Santa Madre Iglesia y los sacramentos. Encontramos historias llenas de ejemplos para aplicarlos a la vida cotidiana, entre ellas la de los santos que, a lo largo de los años, dieron su sangre para defender la fe y la doctrina cristiana. La revista permite que nos alimentemos constantemente, en estos tiempos tan difíciles, y nos ayuda a no olvidar la Iglesia fundada por Nuestro Señor Jesucristo.

Nos recuerda la importancia de lo sublime, de la pulcritud, del respeto que cada uno debe tener en la Santa Misa, tan olvidados hoy en día. Gracias a la revista *Heraldos del Evangelio* he podido conocer mucho más de la Iglesia Católica.

María Aulley Arias Sánchez
San José – Costa Rica

ORACIÓN PIDIENDO LA INTERCESIÓN DE DÑA. LUCILIA

En el número de enero de 2020 de la revista *Heraldos del Evangelio* leí el artículo sobre la intercesión de Dña. Lucilia. Nunca había oído hablar de ella y desearía saber más sobre su vida. ¿Se le apareció el Señor o María, nuestra Santísima Madre? ¿Me pueden enviar alguna oración para pedir su intercesión?

Nina Mariani
Calgary – Canadá

DAIS TESTIMONIO DE JESUCRISTO

Soy benefactor vuestro y me gusta mucho la revista *Heraldos del Evangelio*, la cual leo con mucha complacencia, pues todos los artículos me ayudan a perseverar y a fortalecer mi

fe, dándome alegría de ver que tengo hermanos, discípulos de Cristo, por todo el mundo.

Aprovecho para felicitar el apostolado hecho por los Heraldos en Portugal y por todo el mundo. Dais, así, testimonio de Jesucristo, por intercesión de María, Madre de Dios, para la gloria del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y para el bien de todas las almas.

Alfredo A. Mandim Santos Primavera
Maia – Portugal

COMENTARIOS DE MONS. JOÃO AL EVANGELIO

Una parte que me conmueve mucho en la revista son los comentarios que Mons. João Scognamiglio Clá Dias hace sobre los Evangelios. Para mí es un sacerdote fogoso, pues el celo que tiene por las almas es de encantar. Por muy poco conocimiento que uno tenga de la doctrina católica, al leer los comentarios de Mons. João se entiende perfectamente lo que Nuestro Señor Jesucristo quiso decirnos.

Rilza de Britto Queiroz Gomes
Contagem – Brasil

MEDIO POR EL QUE DIOS TOCA LOS CORAZONES

Los artículos de la revista no son solamente un valiosísimo aporte a nuestra formación verdaderamente católica, sino también un medio por el que la gracia de Dios toca los corazones y voluntades para seguir el llamado de santidad que nos hace Nuestro Señor Jesucristo.

Olga Claudette Guzmán Weill
Cochabamba – Bolivia

SALUDOS DE UN MONASTERIO DOMINICO

Reciban un saludo afectuoso lleno de esperanza desde el monasterio dominico de Durán, Guayas. Leemos con mucha ilusión los artículos que publican en la revista. Que

Dios siga bendiciendo su misión y labor, para que alcancen los frutos espirituales en bien de la Iglesia y del mundo. Nos despedimos, en la paz y la ternura de Dios.

Monasterio Dominico Venerable
Catalina de Jesús Herrera
Durán – Ecuador

“ADMIRABLE SENTIDO CATÓLICO”

Como en otros tiempos, estamos viviendo una etapa más de la Historia en la cual necesitamos estar preparados para todos los acontecimientos que vendrán. Y la revista *Heraldos del Evangelio* es para nosotros un auténtico “tratado”.

En la edición de enero de 2020 hay un comentario del Prof. Plinio Corrêa de Oliveira: *Admirable sentido católico*. Sólo con esto ya podemos ver cómo es noble la enseñanza de esta revista y cómo debemos propagarla, para que más personas puedan conocerla y así volverse fieles admiradores suyos, no únicamente suscriptores que la reciben y sólo ven las ilustraciones. La revista da para hacer un círculo de estudios.

Marta de Moraes Duarte
Italva – Brasil

ENSEÑANZAS QUE HAN IDO SIENDO OLVIDADAS

Recibir la revista católica de los Heraldos del Evangelio es una gracia que nos propicia encontrarnos con Dios a partir de los artículos en ella publicados. En todas las ediciones de las que tengo conocimiento encuentro enseñanzas que a lo largo de los tiempos han ido siendo olvidadas en la Santa Iglesia.

En cada edición reservo siempre horas de lectura y reflexión para los artículos de Mons. João Clá Dias, ricos en ejemplos e informaciones, fundamentales para nuestra formación.

Benito Cristaldo
Campo Grande – Brasil

Para sus comentarios escríbanos a Guayaquil, 1445 – CP 1615 – Grand Bourg, o a nuestro e-mail argentina@heraldos.org.ar

LA ÚNICA SOLUCIÓN VERDADERA

Mientras el ser humano constata, una vez más, su incapacidad de afrontar los acontecimientos claves de la Historia valiéndose únicamente de sus propios recursos, el enfermizo mundo actual da crecientes señales de estremecimiento.

No es la primera vez que la humanidad enfrenta graves desafíos, ni será la última. Se multiplican los estudios científicos que presentan previsiones horribles: meteoritos, epidemias o desastres climáticos capaces de barrer en cualquier momento al hombre de la faz de la tierra... Y, a pesar de ello, la Historia continúa.

La novedad de nuestros días consista, quizá, en la falta de fe que, a nivel global, se constata en las almas. En tiempos pasados se multiplicaban procesiones, devociones y penitencias. El empeño en aplacar a un Dios airado por la perversidad de las costumbres se extendía hasta los paganos. Así lo hicieron, por ejemplo, los habitantes de Nínive, conmovidos al oír la voz del profeta (cf. Jon 3, 4-9). Sin embargo, hoy día muchos de los que se llaman cristianos no poseen ni siquiera la sensibilidad religiosa que animaba a aquel pueblo idólatra.

Dios nunca abandona a su pueblo. En los momentos de gran calamidad envía a almas providenciales a las que les incumbe la tarea de alertar a los hombres y mostrarles el camino de la santidad. Por medio de ellas ofrece al mundo, una vez más, la salvación. Es lo que ocurrió con Santa Catalina de Siena en una época especialmente crítica de la Historia de la Iglesia.

Las voces que traen de parte de Dios la solución para las crisis más graves son, no obstante, raramente escuchadas y muchas veces perseguidas. No es de extrañar, por tanto, que “si al dueño de casa lo han llamado Belzebú, ¡cuánto más a los criados!” (Mt 10, 25). Esas almas proféticas siguen, así, las huellas de aquel que, habiendo amado a los suyos “hasta el extremo” (Jn 13, 1), no fue recibido por ellos (cf. Jn 1, 11).

La situación actual sorprende también por su similitud con el caos que se siguió a la crucifixión. Un clima de pánico, inseguridad y desorientación envolvió a los seguidores de Cristo a causa de su falta de fe, hasta el punto de que muchos pensaron desistir, como hicieron los discípulos de Emaús.

Estos últimos prefiguraban a los cristianos de hoy que, creyendo haber sido defraudados por Dios, decidieron hundirse nuevamente en el ateísmo práctico del cual Jesús los había liberado. Abandonando el lugar donde la Iglesia se encontraba reunida, tomaron el camino de vuelta hacia sus casas; pero el Redentor no desistió: fue en su búsqueda, deseoso de que se arrepintieran y se salvaran.

Aunque no todos responden como esos discípulos cuando son abordados por el divino Maestro. En la mayoría de los casos es ignorado, despreciado e incluso increpado. Aun cuando, como profetiza el Apocalipsis, los hombres sufren merecidos castigos, en vez de cambiar de vida, se rebelan y maldicen a Dios (cf. Ap 16, 8-11).

El Señor profetizó guerras, “hambre, epidemias y terremotos en diversos lugares”, advirtiendo de que “todo esto será el comienzo de los dolores” (Mt 24, 7-8). ¿Estaremos viviendo ahora ese tiempo? En cualquier caso, nuestra salvación nunca vendrá de soluciones humanas, sino de una fe auténtica en Dios, propia a engendrar verdaderas obras de conversión. ✧



Santa Catalina de Siena - Real Monasterio de Santo Domingo, Caleruega (España)

Foto: Francisco Lecaros



“Paz a vosotros”

Deseáis sólo la paz, buscáis insistentemente la paz, pero no la encontráis: ¿por qué? Porque la buscáis donde no está y no puede estar. Nadie puede disfrutar de la verdadera paz si no se ha reconciliado con el autor de esa paz, consigo mismo y con el prójimo.

Aquel que había anunciado la paz cuando nació; aquel que estando cercana su Pasión había dejado la paz; aquel que al invocar la paz exhaló su espíritu, también hoy, al regresar del mundo de los muertos, anuncia la paz. Y ésta es la primera palabra con la que induce a sus discípulos a reconocerlo: [...] “Paz a vosotros” (Jn 20, 19). [...]

**Anheláis la paz,
mas no la encontráis**

Pero la felicidad que recibieron los Apóstoles también se nos ofrece hoy a nosotros. En efecto, la paz fue prometida tanto a los próximos como a los lejanos; y aquel que es nuestra paz, Jesucristo, nos exhorta igualmente hoy día con ese saludo.

¿Acaso habrá quien se niegue a alcanzar finalmente en el Señor lo que desde ha tiempo y en vano buscó, deambulando lejos de Él? Entonces no andéis vagando, oh amadísimos. Deseáis sólo la paz, buscáis insistentemente la paz, pero no la encontráis: ¿por qué? Porque la buscáis donde no está y no puede estar.

“Desolación y ruina acompañan sus caminos; y no conocen el camino de la paz” (Is 59, 7-8). Ese es, como Dios mismo lo afirma, el estado de los que esperan hallar la quietud y la tranquilidad en el pecado. Esperan la calma, y acaban en la tormenta; se proponen lograr la alegría, y nada más que

encuentran hastío, angustia y terror: en realidad, sienten principalmente crecer dentro de sí una tétrica amargura, justo donde, engañados por una falsa imagen del bien, les había sido prometido la máxima felicidad.

**“Aprended de mí y encontraréis
descanso para vuestras almas”**

Esto no debe sorprender: nadie puede disfrutar de la verdadera paz si no se ha reconciliado con el autor de esa paz, consigo mismo y con el prójimo. La carne estalla contra el espí-

*Cuando pensamos
aplacar al enemigo
favoreciendo la
concupiscencia,
más lo inflamamos
armándolo contra
Dios y el espíritu*

ritu, el espíritu contra la carne: ese es nuestro conflicto interior. Cuando pensamos aplacar al enemigo favoreciendo la concupiscencia de la carne, más lo inflamamos armándolo contra Dios y contra el espíritu, que es nuestra parte esencial, el valor supremo de nosotros mismos.

¿Queremos, pues, cuando sea, alcanzar por fin aquella paz que tanto deseamos, en la medida de lo posible, en este valle de lágrimas? Esforcémonos por debilitar a ese enemigo que no podemos expulsar de nuestras entrañas subyugándolo al espíritu y a la razón: lo cual podemos hacerlo con la ayuda de Dios. De ahí resulta también, como enseña el Apóstol, que serán desterradas de nosotros “la amargura, la ira, los enfados e insultos y toda maldad” (Ef 4, 31).

Seamos, pues, “buenos, comprensivos, perdonándoos unos a otros como Dios os perdonó en Cristo” (Ef 4, 32), y con alegría sentiremos confirmada por nuestra propia experiencia la confianza en esa divina promesa: “Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas” (Mt 11, 29).

**Si Cristo no ha resucitado,
vana es nuestra fe**

Sin duda, requieren particular atención, oh queridísimos, estas palabras: “Les echó en cara su incredulidad y dureza de corazón, porque no habían creído a los que lo habían visto resucitado” (Mc 16, 14).

No habían pecado, más o menos gravemente, sólo una vez; sin embargo, Él sólo se lo reprochó una vez. ¿Qué significa esto sino que era importante para Él que a los Apóstoles

les disgustara principalmente lo que a Él también le disgustaba de manera especial?

Es decir, que eliminaran el mayor obstáculo para la paz antes que, ofreciéndola en primer lugar con las palabras “paz a vosotros”, y pronunciándolas de nuevo, les fuera entregada efectivamente como don. En efecto, ¿qué sitio puede estar disponible para la quietud y la tranquilidad en un alma en la que, desterrada la fe, hay un perpetuo conflicto de opiniones, un desmesurado dominio de codicia desenfrenada?

Si Cristo no ha resucitado, vana es —reconozcámoslo— nuestra fe; pero si resucitó, es Dios, es el que pudo regresar a la vida; divinas son sus revelaciones y sus enseñanzas, una sola es la fe que puede satisfacer las mentes desviadas aquí y allá por diversos vientos de la doctrina y puede aplacar los espíritus inquietos. Si alguien duda de que Cristo ha resucitado, de veras se le debe considerar ciego por su malicia, como alguien que no ve que es más claro que la luz misma. [...]

Los incrédulos no tendrán descanso

Los incrédulos, reflexionando sobre esto, sintiendo al Señor reprendiéndoles a través de su conciencia, ¿qué sentirán en su alma?

Oh miserables, que rodeados por una luz tan clara no la ven; más miserables aun cuando viéndola no creen, ofendiendo sumamente a Dios con ello y, enemigos de sí mismos, persisten en rechazar la paz que Él les ofrece benigno.

Creerán, pero creerán por fin cuando lo vean sentado en su majestad, cuando lo oigan no como ahora, reprendiéndoles para su salvación, sino para su confusión, su castigo, su desesperación; rechazarán su bendi-



Monumento al Papa León XII
Basílica de San Pedro (Vaticano)

*Oh miserables, que
rodeados por una
luz tan clara no la
ven; más miserables
aun cuando
viéndola no creen*

ción y Él se alejará de ellos: no tendrán descanso ni de día ni de noche.

Tened piedad, Venerables Hermanos fieles en Cristo, hijos queridísimos, de tan grande desgracia y rezad por ellos: regocijaos en vuestro interior considerando cuán razonables, cuán gloriosas y alegres son las cosas

en las que creéis; y con cuánto derecho podemos decirle a Dios con el rey profeta: “Tus mandatos son fieles y seguros” (Sal 93, 5).

“Mi pueblo habitará en moradas apacibles”

Por lo tanto, cada vez que reconozcáis que vuestros comportamientos se alejan de la santidad de la fe que profesáis; cada vez que, deslumbrados por las engañosas seducciones de la codicia, os habéis rendido a la avaricia, la lujuria o el orgullo; cada vez, en fin, que infringáis el precepto que el Señor, deseoso de llevar la paz a los hombres, llama “su mandamiento” diciendo: “Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado” (Jn 15, 12), arrepentíos llorando ante el Señor.

Así, apartado todo lo que es impedimento para la divina benevolencia, también en vosotros se hará realidad lo que les sucedió a los Apóstoles: oiréis al Señor pronunciar dos veces “paz a vosotros”, es decir, con el primer saludo Él os promete y con el segundo os da la paz.

Con esa paz suya, que supera toda experiencia interior, desbordando en vuestro corazón, exclamaréis con gozo junto con la Iglesia: “Este es el día que hizo el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo” (Sal 118, 24). Listos para renovar esto con alegría infinitamente más grande en el día en que, conservando hasta el último suspiro la paz, el corazón y vuestra inteligencia en Jesucristo, seréis incluidos en las benditas filas de aquellos de quienes está escrito: “Mi pueblo habitará en moradas apacibles, en tiendas seguras, en tranquilos lugares de reposo” (Is 32, 18). ✧

LEÓN XII.
Fragmentos de la homilía
“Qui pacem”, 26/3/1826.



Jesús con los discípulos de Emaús - Catedral de Notre Dame, París

EVANGELIO

¹³ Aquel mismo día (el primero de la semana), dos de los discípulos de Jesús iban caminando a una aldea llamada Emaús, distante de Jerusalén unos sesenta estadios; ¹⁴ iban conversando entre ellos de todo lo que había sucedido. ¹⁵ Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. ¹⁶ Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo. ¹⁷ Él les dijo:

“¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?”. Ellos se detuvieron con aire entristecido. ¹⁸ Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le respondió: “¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabes lo que ha pasado allí estos días?”. ¹⁹ Él les dijo: “¿Qué?”. Ellos le contestaron: “Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el

pueblo; ²⁰ cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. ²¹ Nosotros esperábamos que Él iba a liberar a Israel, pero, con todo esto, ya estamos en el tercer día desde que esto sucedió. ²² Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado, pues habiendo ido muy de mañana al sepulcro, ²³ y no habiendo encontrado su cuer-

Ver, reconocer y amar al Señor

El propio día de la Resurrección dos discípulos deciden abandonar el Cenáculo. El divino Maestro le sale al encuentro, enseñándonos cómo debemos convivir con Él por medio de la fe y del amor.



Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

I – PERDONADOS POR LA SANGRE REDENTORA

Los textos litúrgicos de este tercer domingo de Pascua forman un conjunto armónico y lleno de expresividad con respecto a un punto esencial en la vida de la Iglesia: la convivencia con Nuestro Señor Jesucristo.

En la primera lectura (Hch 2, 14.22-33) encontramos a San Pedro el día de Pentecostés dicién-

dole a los israelitas verdades claras y categóricas que los obligan a salir de la indiferencia en relación con el deicidio consumado hacía poco en Jerusalén. Tomado por el Espíritu Santo, les recrimina haber sido cómplices en la muerte del Redentor dirigiéndoles palabras de fuego que mueven al arrepentimiento, como se lee en algunos versículos más adelante no incluidos en la liturgia: “Al oír esto, se les traspasó el corazón” (2, 37).

po, vinieron diciendo que incluso habían visto una aparición de ángeles, que dicen que está vivo.

²⁴ Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a Él no lo vieron”.

²⁵ Entonces Él les dijo: “¡Qué necios y torpes sois para creer lo que dijeron los profetas! ²⁶ ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto y entrara así en su gloria?”.

²⁷ Y, comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les

explicó lo que se refería a Él en todas las Escrituras. ²⁸ Llegaron cerca de la aldea adonde iban y Él simuló que iba a seguir caminando; ²⁹ pero ellos lo apremiaron, diciendo: “Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída”. Y entró para quedarse con ellos.

³⁰ Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando.

³¹ A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero Él desapareció de su vista. ³² Y se dijeron

el uno al otro: “¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?” ³³ Y, levantándose en aquel momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, ³⁴ que estaban diciendo: “Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón”. ³⁵ Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan (Lc 24, 13-35).

Este pasaje de los Hechos de los Apóstoles destaca la instauración de una nueva vía espiritual en la que las gracias místicas descienden en profusión sobre las almas contritas



Gustavo Krealj

Llegada de las Santas Mujeres al sepulcro, por Fra Angélico
Museo de San Marcos, Florencia (Italia)

Concluido el discurso, se da el impresionante milagro de que toda aquella gente se bautiza sin necesidad de una larga preparación “y aquel día fueron agregadas unas tres mil personas” (2, 41).

La fuerza manifestada por San Pedro en esa predicación es indicativa de la presencia del divino Maestro junto a los que lo representaban, como lo había prometido: “Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mt 18, 20).

Por otra parte, ese pasaje de los Hechos de los Apóstoles destaca la instauración de una nueva vía espiritual en la que las gracias místicas descienden en profusión sobre las almas contritas, sin que se les sea exigidas grandes penitencias para expiar errores pasados. En virtud del valor infinito de la preciosísima sangre de Cristo derramada en el Calvario, hasta los peores crímenes son borrados cuando el pecador los reconoce y de ellos pide perdón. Por eso el fruto del sermón de San Pedro no consistió en lamentaciones estériles. Al contrario, a pesar de sentir dolor por el mal cometido, sus oyentes experimentaron la consolación de ver abiertas ante sí las puertas de la Redención y muchos debieron salir de allí ávidos por transmitir a otros las gracias recibidas.

En la segunda lectura (1 Pe 1, 17-21) nos hallamos ante otras estupendas afirmaciones del Príncipe de los Apóstoles, registradas en su primera epístola. Tras exhortar a la perfección recordando el alto precio con que Cristo liberó a la humanidad de su “conducta inútil” (1, 18), agrega que

había sido “previsto ya antes de la creación del mundo y manifestado en los últimos tiempos por vosotros” (1, 20). Se trata de un misterio sublime que únicamente lograremos abarcar por completo en la eternidad, pues, aunque para Dios fuera posible constituir un universo donde hubiera tan sólo seres inocentes e incapaces de ofenderlo, prefirió sacar de la nada la realidad que conocemos, marcada por el error y por el pecado, pero en la cual, en contrapartida, fulguraría la

entrega plena de su Hijo y su Resurrección gloriosa, el acontecimiento más bello de toda la Historia.

Esa alegría del perdón comprado por aquel que se hizo presente entre nosotros transparece también en el Evangelio, si bien con matices diferentes al de las lecturas. Cuando San Lucas, en su agradable estilo, narra la convivencia del Señor con los dos discípulos de Emaús nos está llevando a asistir a esa escena y participar en ella para facilitarnos la comprensión de las maravillas contenidas en ese pasaje.

II – DOS ALMAS VACILANTES EN LA FE

En el transcurso del Tiempo Pascual la liturgia trae a luz la secuencia de episodios que tuvieron lugar el día de la Resurrección, entre ellos la aparición del Señor a María Magdalena (cf. Jn 20, 11-18) y a las Santas Mujeres (cf. Mt 28, 8-10). Para que podamos seguir mejor los versículos de este domingo vale la pena recordar la actitud que tuvieron ante el Resucitado, ya que creyeron sin requerir mayores explicaciones: por un lado, la hermana de Marta —que lloraba delante del sepulcro vacío— reconoció al Maestro y acreditó en su victoria sobre la muerte simplemente cuando Él la llamó por su nombre (cf. Jn 20, 16) y, por otro, las otras que corrían a anunciar a los Apóstoles la buena noticia anunciada por el ángel y de pronto sale Jesús a su encuentro diciéndoles: “Alegraos”, y entonces le abrazan los pies y se postran ante Él (cf. Mt 28, 9).

Muy distinta es la reacción de los varones que protagonizan el pasaje de San Lucas. No pertenecían al conjunto de los doce Apóstoles, pero, al ser discípulos, habían convivido de cerca con el Señor, asistiendo a numerosos milagros y recibiendo a menudo sus enseñanzas. Sin embargo, el propio domingo, cuando ya circulaban noticias sobre la Resurrección, se destacan del grupo de los seguidores del Maestro y cogen el camino a Emaús, un pequeño pueblo, tranquilo y probablemente la tierra natal de ambos. La salida de Jerusalén revela lo abatidos que estaban en la fe y, en el fondo, la búsqueda de una situación más segura y cómoda que el drama en el cual se debatían desde el comienzo de la Pasión.

Sin duda, los dos habrían intercambiado impresiones y planeado ausentarse del Cenáculo de manera discreta, acordando que cada uno atravesaría una puerta diferente de la ciudad y seguirían a solas hasta cierto punto del camino donde se encontrarían para continuar el viaje juntos.

Rumbo a la deserción

¹³ Aquel mismo día (el primero de la semana), dos de los discípulos de Jesús iban caminando a una aldea llamada Emaús, distante de Jerusalén unos sesenta estadios; ¹⁴ iban conversando entre ellos de todo lo que había sucedido.

Nos imaginamos a un par de personajes con su bastón andando, quizá cabizbajos, por un terreno irregular, durante unas dos horas de recorrido a pie, según la distancia que indica el evangelista. Desanimados, se transmitían uno al otro las desconfianzas y angustias acumuladas en los últimos días, confirmándose mutuamente en una visión distorsionada de los acontecimientos vividos.

Entre las varias razones que los llevaban a tal desaliento estaría en primer lugar el equivocado concepto, corriente entre los judíos, de un Mesías político, que liberaría a Israel de la opresión roma-

na y alzaría a la nación elegida hasta los pináculos de la gloria. A la vista de los milagros realizados por el Señor, muchos israelitas lo asociaron a esa imagen deturpada, pensando que en Él se hallaría la solución a los problemas económicos, pues poseía el poder de multiplicar el alimento, curar las enfermedades, expulsar los demonios e incluso devolverles la vida a los muertos.

Esa mentalidad subsistía hasta entre los que, tocados por una gracia, se decidían a dejarlo todo para seguirlo. Algunos medían la popularidad alcanzada por Jesús en tan poco tiempo de vida pública y, considerando su joven edad, se ponían a soñar con el futuro de aquella empresa. Si los hijos del Zebedeo llegaron a pedirle al Señor la concesión de cargos de honor en su Reino, provocando la indignación de los demás apóstoles, los cuales codiciaban igual proyección (cf. Mc 10, 35-41), es probable que tales aires de ambición también corrieran entre los discípulos.

Para los dos que se desplazaban hasta Emaús todo parecía arruinado, incluso la imagen del Señor como hombre en el cual depositaban su seguridad. Cabe observar que el contacto con los Once debe haber colaborado para aumentarles el miedo y la incredulidad, porque, como narra el propio San Lucas, lo que las mujeres contaban “ellos lo tomaron por un delirio y nos las creyeron” (Lc 24, 11).

Celoso por dar a la Iglesia naciente un impulso de fuerza y energía, el Señor toma la iniciativa de rescatarlos, haciéndoles el bien omitido por

Ante el Resucitado, Santa María Magdalena y las Santas Mujeres adoptaron una actitud de fe, pues creyeron sin requerir mayores explicaciones



“Noli me tangere”, por Fra Angélico
Museo de San Marcos, Florencia (Italia)

Gustavo Kralj

Aunque les faltaba una fe robusta, sus preocupaciones giraban en torno a la persona del Señor, y esto propició su intervención



Los discípulos de Emaús, por Jan Wildens
Museo Nacional del Hermitage, San Petersburgo (Rusia)

Gustavo Kraij

los Apóstoles. Así procederá Él en otras ocasiones en el transcurso de la Historia, al promover la salvación de las almas a pesar de la negligencia de los escogidos para ampararlas.

La mala tristeza engeuece a las almas

¹⁵ Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. ¹⁶ Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo.

Llama la atención el modo discreto de cómo el Redentor se acerca a ellos, sin las fulguraciones propias al cuerpo glorioso, pues no quería obligarlos a creer en la Resurrección. Comenta Teófilo que Cristo actuó así con los discípulos “para que no penetrasen todos sus propósitos y descubriendo la herida, encuentren la medicina”.¹ Los dos, pensando que era un transeúnte más, no se molestaron con la compañía de un extraño y siguieron debatiendo.

Aunque les faltaba una fe robusta, sus preocupaciones giraban en torno a la persona del Señor, y esto propició su intervención. Si nosotros también deseamos oír una palabra de Jesús debemos conversar sobre asuntos elevados, relacionados con Él y con lo sobrenatural.

¹⁷ Él les dijo: “¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?”.

Ellos se detuvieron con aire entristecido. ¹⁸ Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le respondió: “¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabes lo que ha pasado allí estos días?”.

Desde toda la eternidad el Señor conocía lo que ellos hablaban, pero, para ayudarlos a abrir el alma a su acción, los interroga de manera bondadosa y suave.

Al oír la pregunta, los dos se detuvieron. Ese detalle nos permite conjeturar que, hasta ese momento, Jesús caminaba detrás de ellos; ahora, acelerando el paso, se puso a su lado y les dirige la palabra.

La languidez estampada en el rostro de ambos, reflejo del estado de ánimo de los Apóstoles, colaboraba a esa falta de fe, porque la mala tristeza ciega a los corazones para con Dios y ensordece los oídos a su voz. Tal disposición de espíritu es mucho más pernicioso a la práctica de la virtud que la alegría desequilibrada.

El hecho de que tan sólo a Cleofás se le nombre en el texto nos lleva a suponer que el otro viandante era el mismo San Lucas. Aquel discípulo responde a Jesús con presteza y naturalidad, revelando una virtud indispensable para los que se dedican al apostolado: la hospitalidad. A esas dos almas, a pesar de ser débiles en la fe, les gustaba relacionarse con otros y de hacerles el

bien. Al encontrarse con un viajero interesado en el asunto sobre el que iban discutiendo, enseguida lo admiten en la conversación.

“La caña cascada no la quebrará, la mecha vacilante no la apagará” (Is 42, 3), había profetizado Isaías respecto al Salvador. Por medio de la bienquerencia al prójimo, aún encendida en el interior de aquellos discípulos, el Señor les fortalecerá el amor y la fe.

Es comprensible el asombro de Cleofás ante la enajenación del viajero, el cual parecía que venía de Jerusalén, pues la muerte de Jesús había convulsionado a la ciudad. Además del movimiento popular, asombrosos fenómenos se habían verificado: se oscureció el sol y el velo del Templo se rasgó por medio (cf. Lc 23, 45); la tierra tembló, las rocas se resquebrajaron; las tumbas se abrieron y muchos justos resucitaron (cf. Mt 27, 51-52).

Corazones endurecidos por la falta de fe

¹⁹ Él les dijo: “¿Qué?”. Ellos le contestaron: “Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo;...”

El Señor no afirma que está al corriente de los hechos, pero tampoco lo niega. Sirviéndose de una curiosa estratagema, hace una pregunta que da oportunidad a los discípulos de exponer sus dudas y perplejidades. Se trata de un método

divino para lidiar con corazones tibios, susceptibles de ofenderse y llenarse de furia contra quien les corrige. Él, la infinita paciencia, oye con toda calma lo que los dos tienen que decir.

Signo evidente de los cuestionamientos interiores de ambos es la convicción presentada al comienzo, al describir a Jesús como “un profeta poderoso en obras y palabras”. Sabían que el Maestro no era solamente un profeta sino el propio Hijo de Dios encarnado, pero tienen recelo de declararlo, guiándose por los raciocinios fallidos montados en aquellos días, y no por aquello que conocían de las Escrituras y de las revelaciones hechas por Jesús.

Como se ve, eran hombres instruidos, fecundos en ideas, pero les faltaba la flexibilidad de las almas de fe, la docilidad nacida de la esperanza y el ardor característico de la caridad. Sus corazones se habían vuelto endurecidos y tibios, cerrados a todo cuanto contrariara sus propios criterios.

Apego a un orden de cosas anticuado

²⁰ “...cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron”.

Este versículo deja trasparecer que ambos aún nutrían admiración por los poderes corrompidos que componían el *establishment* judaico de entonces. No muestran horror a las medidas injustas

Curiosamente, no percibieron la incongruencia de que “un profeta poderoso en obras y palabras” fuera condenado por las autoridades religiosas



Francisco Lecaros

Jesús ante Anás - Monasterio de San Martín Pinario, Santiago de Compostela (España)

No se trataba simplemente “algunos de los nuestros”, sino de dos testigos de la mejor categoría

adoptadas en relación con Jesús, aparentando únicamente estar molestos por no comprender el motivo de tal decisión. Consterados, como diciendo: “Hubo calumnias y actuaron en función de informaciones erradas: inuestros sumos sacerdotes y nuestros jefes no pueden equivocarse!”.

Curiosamente, no percibieron la incongruencia de que “un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo”, fuera condenado por las autoridades religiosas.

Las buenas noticias asustan a quien no tiene fe

²¹ “Nosotros esperábamos que Él iba a liberar a Israel, pero, con todo esto, ya estamos en el tercer día desde que esto sucedió. ²² Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado, pues habiendo ido muy de mañana al sepulcro, ²³ y no habiendo encontrado su cuerpo, vinieron diciendo que incluso habían visto una aparición de ángeles, que dicen que está vivo”.

Al ir explicando una a una las ideas erradas que les poblaban la mente mencionan la liberación de Israel como el auge de sus expectativas en relación con el Señor y, para justificar el desánimo en el que habían caído, alegan que ya habían pasado tres días. De ese detalle podemos deducir que ellos, antes de salir de Jerusalén, expusieran sus dudas a los Apóstoles y éstos, intentando convencerlos de que esperaran un poco más, les recordaron la profecía del Maestro: “El Hijo del hombre será entregado en manos de los hombres, lo matarán, pero resucitará al tercer día” (Mt 17, 21-22).



San Pedro y San Juan contemplan la tumba vacía
Monasterio de El Escorial (España)

Si mantuvieran encendida al menos una pequeña llama de fe, la noticia anunciada por las mujeres habría sido motivo de esperanza y exultación: “Todo se ha solucionado, íse realizó lo que Él había previsto!”. Y estarían ansiosos por obtener más información al respecto. Muy diferente, no obstante, fue su actitud, conforme narran ahora a Jesús, enfatizando que las mujeres les habían “sobresaltado”. En el fondo, censuran la imprudente visita al sepulcro de madrugada y, con la expresión “vinieron diciendo”, evidencian su desprecio por el testimonio que ellas daban.

Así actúa la Providencia con ciertas almas muy habituadas a la ciencia, pero desprovistas de luces del Espíritu Santo: las deja libres para aceptar o rechazar las inspiraciones proféticas y místicas, permitiendo que las personas menos instruidas pasen al frente en la fe y den ejemplo. En general, tales espíritus doctos no se encantan con las buenas disposiciones de esos que les toman la delantera; al contrario, siempre prevenidos contra cualquier criterio ajeno a los de su propia mente, se muestran chocados.

²⁴ “Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a Él no lo vieron”.

Los que habían ido corriendo al sepulcro aquella mañana y constatado la veracidad del relato de las Santas Mujeres eran San Pedro y San Juan (cf. Jn 20, 1-10). Por lo tanto, no se trataba simplemente de “algunos de los nuestros”, sino de dos testigos de la mejor categoría: el primer Papa y el Discípulo Amado. Al referirse así a los dos apóstoles, los que van a Emaús intentan restarles importancia a las noticias transmiti-

das por María Magdalena y sus amigas, como si fuera una invención de la imaginación femenina.

Mientras hablaba, el Señor iba creando gracias especiales para tocarles el corazón. Y, a esas alturas, ya se encontraban preparados para oír una advertencia.

“¡Qué necios y torpes sois...!”

²⁵ Entonces Él les dijo: “¡Qué necios y torpes sois para creer lo que dijeron los profetas!”.

El pueblo judío posee gran capacidad natural de guiarse por la lógica en sus ratiocinios. Con todo, ni siquiera tal habilidad estaba siendo bien empleada por ellos: aunque conocieran mucho, se mostraban “necios” en sus juicios.

En efecto, la lógica se presenta como un auxilio extraordinario para la vida espiritual, siempre que las premisas sean verdaderas y sobre ellas incida la luz de la fe. De lo contrario, sólo producirá desastres. En el caso de un alma bautizada, esa virtud suplanta incluso la poca inteligencia cuando se trata de discernir algo relacionado con Dios y con el mundo sobrenatural.

Por otra parte, ese pasaje realza el empeño del divino Maestro por enseñarnos, al desarrollar en esa ocasión una estupenda clase de exegesis y teología.

²⁶ “¿No era necesario que el Mesías padeciera esto y entrara así en su gloria?”. ²⁷ Y, comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que se refería a Él en todas las Escrituras.

Cuando la fe se debilita en un alma llamada a una elevada misión, como es el caso de los dos discípulos, enseguida se despierta la preocupación con el prestigio terrenal, el reconocimiento de los hombres, la gloria personal. La pregunta hecha por el Señor alcanzaba las ambiciones de ambos, recordándoles la glo-

ria de Dios, meta de los auténticos seguidores de Cristo, que sólo se logra por medio de la cruz.

Se impresionaron al constatar cómo Jesús dominaba los Libros Sagrados, narrando con detalles y de memoria numerosos episodios y vaticinios concernientes al Mesías, desde Moisés hasta las últimas profecías.

Sin embargo, más importantes que esa exposición doctrinaria e incluso la presencia física del Maestro eran las gracias sensibles y místicas que Él les concedía mientras hablaba, haciéndoles que “ardiera su corazón”.

Jesús se alegra al ser invitado a permanecer con nosotros

²⁸ Llegaron cerca de la aldea adonde iban y Él simuló que iba a seguir caminando; ²⁹ pero ellos lo apremiaron, diciendo: “Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída”. Y entró para quedarse con ellos.

El divino Maestro utiliza un singular subterfugio para formarlos, dándoles a entender que no se quedaría en Emaús. De hecho, en el contexto de aquella caminata el pueblo simbolizaba la deserción de los dos discípulos, y no le correspondía al Señor estar allí. En ese sentido, es interesante observar cómo San Lucas registra el celo del Salvador por las almas, señalando que su in-

Cuando la fe se debilita en un alma llamada a una elevada misión, enseguida se despierta la preocupación por el prestigio terrenal



Cristo con los discípulos de Emaús, por Duccio di Buoninsegna
Museo dell'Opera del Duomo, Siena (Italia)

Reproducción

En la Eucaristía, no vemos al Señor, pero lo reconocemos y amamos

tención al entrar en el poblado consistía en “quedarse con ellos”.

Por otro lado, Jesús quiso incitar en ambos el deseo de continuar la convivencia a fin de que, al manifestar su bienquerencia por el Señor, crecieran en virtud, puesto que amarlo significa amar al propio Dios. La perspectiva del drama ya había desaparecido a esas alturas y se encontraban inundados de consolaciones.

Era común en aquel tiempo hospedar a los viajeros en casa durante la noche, ofreciéndoles alimento y descanso hasta el día siguiente. Por eso, alegando lo tarde que ya era, le insisten a Jesús: “Quédate con nosotros”. El Señor acepta la propuesta, pues se alegra de ser invitado a permanecer con los suyos.

Una figura de la Eucaristía

³⁰ Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. ³¹ A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero Él desapareció de su vista.

Reunidos los tres para cenar, el Señor toma el pan y lo bendice, gesto reservado para quien presidía una comida. Si bien no se trataba de la consagración eucarística, el sacramento de su Cuerpo y Sangre estaba figurado allí, y en ese momento los discípulos lo reconocieron. Entonces Él desapareció. ¿Por qué?

A partir de aquel momento, tendrían que mantenerse firmes en la fe incluso sin verlo físicamente, pues sería ese el régimen de gracias en el cual se desarrollaría la vida de la Iglesia en el transcurso de los siglos. El Señor se hizo presente junto a todos los bautizados, en especial cuando se reúnen en función de Él y, queriéndose bien unos a otros, tratan de crecer en la fe y en el amor a Dios.

³² Y se dijeron el uno al otro: “¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?”.

Transformados por la convivencia con el Maestro, percibieron cuántas gracias de fervor habían recibido mientras le oían enseñarles a lo largo del camino. Su palabra había ido acompañada por una profunda acción del Espíritu Santo, mediante la cual el corazón de ambos, antes frío por la incredulidad, se llenó de fuego.

Esas excelentes disposiciones les empujaron a hacer partícipes de su misma alegría y consolación a sus hermanos de ideal.

El entusiasmo es difusivo

³³ Y, levantándose en aquel momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compa-



Eucaristía presidida por Mons. João Scognamiglio Clá Dias
Basílica de Nuestra Señora del Rosario, Caieiras (Brasil), 1/1/2020

João Paulo Rodrigues

ñeros, ³⁴ que estaban diciendo: “Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón”. ³⁵ Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

Probablemente sin haber acabado de cenar se levantaron “en aquel momento” y, llenos de entusiasmo, se dirigieron a toda prisa hacia Jerusalén, a fin de contárselo todo a los Once. Aunque fuera de noche, no se amedrantaron ante el riesgo de los ladrones y, sin duda, comentarían durante todo el trayecto la aparición del Señor. Cuando llegaron al Cenáculo, ya casi sin aliento, hicieron un emocionado relato, rico en pormenores y marcado por la admiración.

Algunos tomaron la noticia como una confirmación más de la Resurrección, y les dijeron a los dos lo que le había pasado a Pedro; no obstante, otros no sentían el mismo calor de alma y seguían temerosos e incrédulos como indica San Marcos (cf. Mc 16, 13). A todos se le aparecía el Señor poco después, mientras “estaban hablando de estas cosas” (Lc 24, 36), episodio narrado por San Lucas en los versículos siguientes a los seleccionados para la liturgia de este domingo.

III – “MANE NOBISCUM, DOMINE!”

Sublime fue la convivencia de Jesús con los discípulos de Emaús; sin embargo, ellos solamente lo reconocieron cuando bendijo y partió el pan. ¡Cuánto más feliz es nuestra situación al acercarnos con fervor a la Eucaristía: no vemos al Señor, pero lo reconocemos y amamos!



Los discípulos de Emaús - Iglesia de Nuestra Señora de la Gloria, Juiz de Fora (Brasil)

dos a fin de que no se marche. Para ello, debemos evitar las ocasiones de pecado y rezar. Mucho nos ayudará también conversar sobre temas elevados, relacionados con la religión, la eternidad, el Cielo.

La Eucaristía es el mejor remedio para quien se siente flaco en la fe, la más abundante fuente de ánimo para los que quieren atravesar incólumes los períodos de aridez. Sepamos buscar al Señor y suplicarle que encienda llamas de amor en nuestro corazón: “*Mane nobiscum, Domine!*, ¡quédate con nosotros! No nos permitas tomar el camino de Emaús. Y si algún día, sordos a la gracia, nos desviamos, búscanos como lo hiciste con los discípulos que hoy considera la liturgia. Tú que eres la Sabiduría, penetra con tus luces en cada uno de nosotros, dándonos una fe ardiente en todo lo que la Iglesia nos muestra y el Espíritu Santo sopla en nuestras almas”. ✧

¹ TEÓFILO, apud SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Caena Aurea. In Lucam*, c. XXIV, vv. 13-24.

Recibir la comunión significa un colosal privilegio, del cual ningún justo del Antiguo Testamento se benefició. Abrahán, Isaac, Jacob, Moisés, David, Gedeón y otros tantos estarían dispuestos a resucitar y enfrentar nuevos sufrimientos en la tierra para comulgar iuna vez al menos!

El Señor afirmó: “El que me ama guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él” (Jn 14, 23). Cuando Jesús Sacramentado entra en un alma, ya no desea salir. Más aún, a ejemplo del Evangelio de hoy, espera nuestra petición para permanecer con nosotros. Además, nos corresponde a nosotros tomar todos los cuida-

¡Permanece con nosotros, Señor! No nos permitas que tomemos el camino de Emaús

“Vuestros nombres están escritos en el Cielo”

Ay de aquellos cuyos nombres no estén inscritos en los Cielos, pues cuando Dios envíe la punición para castigar a quien haya adorado a los dioses falsos, sin duda, zozobrarán.



P. Thiago de Oliveira Geraldo, EP¹

San Cirilo de Alejandría, Patriarca de esa famosa ciudad egipcia, por aquel entonces perteneciente al Imperio romano, afirma que en la época de Nuestro Señor Jesucristo el demonio era adorado en la tierra entera: “Era Satanás quien dominaba bajo el cielo; tenía sometido a todos y no había quien pudiera escapar de sus opresoras trampas”.² Había tal cantidad de templos dedicados a los demonios que resultaba imposible contarlos. Y, lo que es peor, no faltaban personas que no le ofrecieran sacrificios.

Ahora bien, ¿esa monstruosidad habría sucedido únicamente cuando Dios se encarnó para redimir al género humano? ¿O hubo en otros períodos de la Historia situaciones análogas?

Basta hojear algunas páginas de la Sagrada Escritura para encontrar la respuesta.

Dos profetas anuncian el castigo al pueblo elegido

Hay en el Antiguo Testamento un profeta, poco conocido, que pone en evidencia cómo la adoración al demonio acarreó la manifestación de la cólera divina en su tiempo.

Baruc, que en hebreo significa *bendito*, era secretario de Jeremías. Ambos profetizaron que si el pueblo elegido no se convertía el Señor le enviaría un castigo. Y como no hubo enmienda de vida entonces Dios cumplió su amenaza: en el año 586 a. C. Jerusalén fue destruida y muchos tuvieron que marchar a Egipto, mientras que otros fueron deportados a Mesopotamia.

Tras cuatro años en tierra extranjera, el pueblo se había dispersado y algunos empezaron a vacilar en la fe. Entonces el profeta Baruc se dirigió a Babilonia para reenfevorizarlos con un mensaje de Jeremías. Un año más tarde, regresó a Jerusalén a fin de consolar a un reducido grupo de fieles que permanecía en la ciudad, llevándoles algunos vasos sagrados y una colecta de donativos, ocasión en la que les leyó su libro.³ ¡A esa situación tan triste habían llegado los hijos de Dios!

Jeremías envió a Baruc no sólo con la intención de mandarles una ayuda financiera, sino para recordarles la Ley. Al emisario le correspondía, sobre todo, exhortar al pueblo a practicar los Mandamientos divinos. He aquí la principal misión de los profetas.



Sacrificaban a los demonios niños pequeños vivos

Ante ese trágico panorama, el lector se puede preguntar: ¿por qué Jerusalén, ciudad de los elegidos, fue destruida?

El mismo profeta Baruc nos ofrece la respuesta: “Irritasteis a vuestro Creador, sacrificando a demonios, no a Dios; os olvidasteis del Señor eterno, del Señor que os había alimentado, y afligisteis a Jerusalén que os criaba. Cuando ella vio que el castigo de Dios se avecinaba, dijo: Escuchad, habitantes de Sion, Dios me ha cubierto de aflicción” (Bar 4, 7-9).

Por lo tanto, la Ciudad Santa fue destruida, entre otras razones, porque el pueblo hacía sacrificios a los demonios y tal pecado disgustó al Señor. Pero ¿sería ése el único profeta que cuenta que en el Antiguo Testamento las personas habían llegado hasta adorar al demonio?

Otros pasajes de las Escrituras también denuncian esa práctica detestable (cf. Dt 32, 17; Sal 105, 37-38; Is 57, 3-13; Jer 32, 35; Ez 23, 37). Entre los ídolos de aquellos tiempos estaba Mólec, “dios” de los amonitas. Era una estatua de bronce, con cuerpo humano y cabeza que variaba entre toro o león, en cuyo pecho había una cavidad repleta de brasas incandescentes, donde se arrojaban niños y niñas pequeños vivos como sacrificio al demonio (cf. Lv 20, 3; 2 Re 16, 3; 17, 17; 21, 6).

Y Ezequiel, uno de los cuatro profetas mayores, describe en su capítulo

lo octavo una abominación aún mayor...

Cultos satánicos en el Templo de Dios

Ezequiel narra que estaba en casa con algunos ancianos de Judá cuando vio repentinamente una silueta luminosa, la cual del vientre hacia abajo parecía de fuego. Era el propio Dios que iba hacia él.

El Señor lo agarró por los cabellos y lo condujo a la Ciudad Santa, donde el profeta pudo divisar la estatua de un demonio en la puerta del Templo del Dios verdadero: “El espíritu me levantó entre el cielo y la tierra y me llevó en visión divina a Jerusalén, a la entrada del pórtico interior que mira hacia el norte, donde estaba la estatua de los celos, que provoca los celos [del Señor]” (Ez 8, 3).

Ezequiel se asustó, pero Dios le advirtió de que aún contemplaría escenas peores: “Hijo de hombre, ¿ves lo que hacen estos, las graves acciones detestables que comete aquí la casa de Israel para que me aleje de mi santuario? Pues aún verás acciones más detestables” (Ez 8, 6).

Luego lo llevó hasta la entrada del patio, en cuyo muro había una apertura. La atravesaron y encontraron con una puerta secreta. Al traspone-la, Ezequiel se vio en una sala repleta de figuras de animales ponzoñosos y de pinturas de ídolos alrededor de las paredes. ¡Setenta ancianos de Israel los adoraban, cada uno con su turbulo en las manos!

Continúa la narración: “Hijo de hombre, ¿has visto lo que hacen los ancianos de la casa de Israel en la oscuridad, cada cual en las cámaras reservadas a su imagen? Porque piensan: el Señor no nos ve, el Señor ha abandonado el país. Y añadió: Aún los verás cometer acciones detestables más graves” (Ez 8, 12-13).

Nos asombra pensar que, así como nosotros incensamos el altar y el libro de la Palabra de Dios durante las Misas, ellos ofrecían incienso a los demonios!

Entre el vestíbulo y el altar...

A continuación, Dios lo llevó a una puerta que quedaba en la parte norte de la construcción. Cuando entró, Ezequiel se topó con algunas mujeres que lloraban por Tamuz, un ídolo de Mesopotamia.

Una vez más el profeta se asustó, y Dios le dijo que le haría ver cosas peores en el interior del Templo. Entonces lo condujo al centro del edificio sagrado, entre el vestíbulo y el altar, lugar reservado a los sacerdotes. Allí encontró a veinticinco hombres.

¿Serían también sacerdotes? Probablemente sí. Con todo, en vez de adorar al Dios verdadero, daban culto al sol naciente...

Ezequiel transcribe las palabras de Dios después de mostrarle esas escenas: “¿Has visto, hijo de hombre? ¿No le basta a la casa de Judá las acciones detestables que aquí cometen, que colman el país de violencias, indignándome más y más con sus ri-

La Ciudad Santa fue destruida, entre otras razones, porque el pueblo hacía sacrificios a los demonios y tal pecado disgustó al Señor

Réplica de los profetas de Aleijadinho
Casa Lumen Maris, Ubatuba (Brasil)

tos idolátricos? Pues yo también los trataré con furor: no tendré compasión ni tendré piedad. Me invocarán a voz en grito, pero no los escucharé” (Ez 8, 17-18).

Estos son algunos ejemplos, sacados de la Sagrada Escritura, de cómo las personas pueden llegar a adorar a los demonios hasta en el Templo de Dios.

La Jerusalén del Nuevo Testamento

La Santa Iglesia es llamada metafóricamente la Nueva Jerusalén. ¿Habrá en ella quien, en nuestros días, eche incienso a los ídolos u ofrezca sacrificios a demonios sanguinarios como Mólec? ¡Dios nos libre y guarde de que en algún momento eso llegue a ocurrir!

Existe, no obstante, una forma más sutil de practicar la idolatría y rendir culto al enemigo del género humano, y esa sí que se encuentra muy difundida entre nosotros...

Cada vez que cometemos un pecado mortal, además de vernos privados de la gracia y de la amistad de Dios,

nos volvemos esclavos del demonio.⁴ Él pasa a imperar en nuestras almas.

¿Cómo nos liberamos de ese pesado e infecto yugo del príncipe de las tinieblas?

“Les dio poder y autoridad sobre toda clase de demonios”

Con la Encarnación, Nuestro Señor Jesucristo rompió el dominio de los infiernos y le confirió a los Apóstoles la potestad de, en su nombre, expulsar a los ángeles caídos —superiores a los hombres en el orden de la naturaleza— y lanzarlos al Infierno: “Habiendo convocado Jesús a los Doce, les dio poder y autoridad sobre toda clase de demonios y para curar enfermedades. Luego los envió a proclamar el Reino de Dios y a curar a los enfermos” (Lc 9, 1-2).

San Lucas trae a luz el envío de los setenta y dos discípulos en misión (cf. Lc 10, 1-16) y resalta su alegría al retomar la convivencia con el divino Maestro y relatarle lo que habían hecho: “Señor, hasta los demonios se nos someten en tu nombre” (Lc 10, 17). En efecto, el dominio sobre los espíritus malos “era no sólo lo más espectacular, sino lo que más les acreditaba como discípulos del Mesías, por ser signo de la llegada del Reino. Por eso, el imperio satánico va a llegar a su fin. Y Cristo se lo confirma”.⁵

Sin embargo, el Señor les revela que es más importan-

te el hecho de que sus nombres estén escritos en el Cielo que los demonios se sujeten a ellos (cf. Lc 10, 20). Tal aserción del Redentor se basa en que el poder sobre los demonios es carismático, transitorio y conlleva una alegría comprensible, pero aún un tanto humana, mientras que tener sus nombres escritos en el Cielo significa ser miembro del Reino en su fase definitiva, en la Patria celestial.⁶

El Apocalipsis usa un término similar al aludir a la vocación especial de formar parte de la Nueva Jerusalén bajada del Cielo: “Y no entrará en ella nada profano, ni el que comete abominación y mentira, sino solo los inscritos en el libro de la vida del Cordero” (21, 27).

Hay quien piensa que Dios no castiga

¿Qué lección sacamos de todos esos episodios?

Nos recuerdan que, en el Antiguo Testamento, la destrucción de Jerusalén ocurrió cuando el pueblo elegido dejó la adoración sincera a Dios para idolatrar a los demonios, provocando la ira del Todopoderoso. Y muestran que Él puede castigar a su pueblo, a fin de purificarlo, cuando éste pasa, en su mayoría, a rendir culto a los espíritus infernales.

Hay quien juzga que Dios no castiga, aunque, de forma colectiva, las almas lo hayan expulsado de su interior por el pecado. Así piensan las personas que ponen sus conveniencias par-

Hay quien juzga que Dios no castiga, aunque, de forma colectiva, las almas lo hayan expulsado de su interior por el pecado

ticulares por encima de los intereses del Creador y olvidan cuán ofendido está el Altísimo por las faltas de los hombres.

Ahora bien, afirma Santo Tomás de Aquino, “nada debe esperarse de Dios sino lo que es bueno y lícito. Pero debemos esperar de Dios el poder vengarnos de los enemigos, pues leemos en el Evangelio de Lucas: ‘¿Dejará Dios de vengar a sus elegidos que claman a Él día y noche?’, como si dijese: ‘Cierto es que los vengará’”.⁷

El Doctor Angélico no se refiere aquí a la venganza fruto de una irritación pasajera, imposible de ser infligida por Dios, sino de un castigo proporcional al delito, con el objetivo de la corrección y el bien. Como enseña San Alfonso María de Liguorio, el moralista por excelencia, “no merece la misericordia de Dios el que se sirve de ella para ofenderle. La misericordia se usa con quien teme a Dios, no con quien la utiliza para no temerle. El que ofende a la justicia

—dice el abulense—, puede acudir a la misericordia; mas el que ofende a la misericordia, ¿a quién acudirá?”.⁸

San Roberto Belarmino, doctor de la Iglesia como los dos santos anteriormente citados, añade que “no sólo los pecados serán punidos, sino que serán punidos aún con horribles y pavorosos suplicios, los cuales serán tan grandes que difícilmente pueden ahora ser imaginados por los hombres”.⁹

Confianza durante el tiempo de prueba

Causa perplejidad considerar que, en esta tierra, el castigo por los pecados de los hombres recaiga sobre buenos y malos. No olvidemos, sin embargo, la exhortación que hace el Señor a través del profeta Baruc a los que permanecían fieles: “Hijos míos, llevad con paciencia el castigo enviado por Dios. Si te ha perseguido el enemigo, pronto lo verás derrotado, con el cuello sometido a tu pie” (Bar 4, 25).

Si la humanidad sacrifica a los ídolos, abrazando las vías del pecado y alejándose del Creador, vendrá

Si la humanidad sacrifica a los ídolos, vendrá el castigo. Pero el Altísimo no abandonará a su pueblo

el castigo. Pero el Altísimo no abandonará a su pueblo: a sus verdaderos hijos les concederá poder sobre los demonios para lanzarlos al Infierno y ese será el signo distintivo de que llegó el Reino de Dios.

“En cuanto al Señor, poderoso es Él —que quitó vuestro pecado y condonó vuestros delitos— para protegeros y guardaros contra las insidias del diablo que combate, a fin de que no os sorprenda

el enemigo, quien, por lo común, es quien engendra la culpa. Mas, quien en Dios se confía no teme al diablo. Porque ‘si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros?’ (Rom 8, 31)”.¹⁰

¡Que nuestros nombres sean inscritos en el Cielo!

En la actual fase de la Historia de la Iglesia, nosotros los católicos fieles, estamos llamados a no doblar nuestras rodillas, ni siquiera una sola, ante los demonios. Debemos, por el contrario, hincarnos de rodillas, unir nuestras manos y, sobre todo, curvar nuestro corazón ante la Santísima Virgen y rezarle:

“Reina mía, no quiero adorar a los demonios, no quiero ser esclavo de Satanás. Quiero ser esclavo de amor del propio Dios por tu intermedio, como enseñó San Luis María Grignon de Montfort. Por eso, Madre mía, te pido: acelera la derrota de Satanás y sus secuaces y envía a tus ángeles para que auxilien a cada uno de vuestros hijos e hijas. Sobre todo, intercede para que nuestros nombres sean inscritos en el Cielo, es decir, en tu Inmaculado Corazón. Te pido, oh Madre Santísima, que escribas hoy con letras de oro nuestros nombres en tu Corazón, a fin de que cuanto antes podamos derrotar el poder de las tinieblas y hacer brillar tu luz en el mundo entero. Así sea”. ✧

¹ El autor es doctor en Teología por la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín, Colombia. El presente artículo reproduce, con las necesarias adaptaciones al lenguaje escrito, la homilía que pronunció el 5 de octubre de 2019 en la catedral metropolitana de São Paulo, Brasil.

² SAN CIRILO DE ALEJANDRÍA. Comentario al Evan-

gelio de Lucas, 64. In: ODEN, Thomas C.; JUST, Arthur A. (Ed.). *La Biblia comentada por los Padres de la Iglesia. Evangelio según Lucas*. Ciudad Nueva: Madrid, 2006, v. III, p. 250.

³ Cf. GARCÍA CORDERO, OP, Maximiliano. *Biblia Comentada. Libros Proféticos*. Madrid: BAC, 1961, v. III, p. 753.

⁴ Cf. CATECISMO MAYOR DE SAN PÍO X, n.º 954.

⁵ TUYA, OP, Manuel de. *Biblia Comentada. Evangelios*. Madrid: BAC, 1964, v. II, p. 836.

⁶ Cf. Ídem, ibídem.

⁷ SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. II-II, q. 108, a. 1.

⁸ SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO. *Preparación para a*

morte. Considerações sobre as verdades eternas. 4.ª ed. Petrópolis: Vozes, 1956, p. 128.

⁹ SAN ROBERTO BELARMINO. *De ascensione mentis in Deum per scalas rerum creaturarum*. Gradus decimus quintus, c. IV.

¹⁰ SAN AMBROSIO DE MILÁN. *Des Sacraments*. L. V, n.º 30: SC 25, 97.

Vivió en la tierra como si estuviera en el Cielo

Siendo consejera de Papas, mística y profetisa, marcó el rumbo de la Historia. Su vida, impregnada por una inefable convivencia con lo sobrenatural, se consumó en el elevadísimo vínculo de amor a Dios a través de su ofrecimiento como víctima por la purificación de la Iglesia.



Isabelle Guedes Farias¹

Dios, en su infinita sabiduría, destina a cada fiel una vía específica de santificación y le concede gracias especiales para el cumplimiento de su vocación.

Algunos son elegidos por Él para la realización de misiones de singular importancia. Almas providenciales destinadas a revelar la voluntad divina en determinadas épocas y a desempeñar, por tanto, un valioso papel en la Historia. Entre ellas cabe destacar a Santa Catalina de Siena.

Infancia marcada por una intensa piedad

Nació en 1347, el día de la Asunción, que ese año coincidía con el Domingo de Ramos.

Desde la primera infancia se veía que sobre aquella niña flotaba un alto designio de la Providencia. Lo ilustra un episodio ocurrido cuando tenía tan sólo 6 años: de regreso de un paseo con su hermano Esteban, Catalina vio a Nuestro Señor Jesucristo revestido con los ornamentos pontificales y sentado en un trono, en lo alto de la iglesia de los Dominicos, y junto al Él a San Pedro, San Pablo y San Juan Evangelista. El divi-

no Maestro la bendijo con especial amor, lo que la dejó maravillada; era el comienzo de una íntima convivencia con lo sobrenatural que la acompañaría toda su vida.

En efecto, la actuación del Espíritu Santo en el alma de Catalina sucedía frecuentemente, a través de fenómenos místicos que muchas veces trasparecían en el exterior. Por ejemplo, aun de pequeña, solía ser transportada por el aire al subir y bajar las escaleras. Durante el desplazamiento sus pies tocaban los peldaños únicamente cuando quería ponerse de rodillas para hacer actos de reverencia y amor a la Santísima Madre de Dios.

La infancia de esta alma providencial estuvo marcada por una piedad intensa, que la hacía desear ardentemente entregarse a Dios. A los 7 años hizo voto de virginidad delante de un altar de la Santísima Virgen y, un tiempo más tarde, se desposó místicamente con Nuestro Señor Jesucristo, en presencia de Nuestra Señora, San Pablo, San Juan Evangelista, Santo Domingo y el rey David.

A los 12 años, como era costumbre en esa época, su familia decidió prepararla para el matrimonio. Su ma-

dre puso mucho empeño en esta tarea, pero Catalina se negaba siempre a aceptar sus peticiones y consejos. Su hermana Buenaventura, no obstante, de tanto insistir hizo que consintiera en algunas frivolidades. Catalina enseguida se arrepintió de ello como si hubiera cometido una falta grave, pues entendía que, al atender los ruegos de su hermana, había demostrado tener más amor a ella que a Dios. Y para sellar una ruptura definitiva con todo lo que fuera de este mundo, se cortó sus cabellos, como un signo de que a partir de entonces serviría nada más que al Señor.

Una celda interior construida en su alma

Como respuesta a la drástica actitud tomada por la joven y con el objetivo de hacerla cambiar de idea, su familia la puso a realizar los servicios de la casa sin permitirle que se recogiera en su habitación para entregarse a la oración.

Aceptó la nueva situación sin oponer resistencia, dedicándose a los trabajos domésticos con espíritu abnegado y religioso desapego. Privada de un lugar físico donde llevar a cabo sus prácticas de piedad, edificó en el



Desde la primera infancia se veía que sobre aquella niña flotaba un alto designio de la Providencia

Escenas de la vida de Santa Catalina: a la izquierda, de pequeña suspendida en el aire; a la derecha, corte de cabello simbolizando la ruptura con el mundo - Oratorio della Camera del santuario de Santa Catalina, Siena (Italia)

fondo de su alma, por inspiración divina, una celda interior donde constantemente rezaba y se unía a la Santísima Trinidad.

Refugiada en su tabernáculo interior, Catalina permanecía absorta en los misterios divinos y sus ojos sólo buscaban a Dios. En medio de los quehaceres terrenales, conseguía mantener el espíritu preso en las alturas de la contemplación y su amor por las realidades sobrenaturales no hacía sino crecer.

Victoria sobre las resistencias paternas

Después de una visión en la que Santo Domingo de Guzmán le prometía el hábito de su obra, la joven se armó de valor y le comunicó a su familia que estaba llamada a pertenecer a la Tercera Orden Dominicana. Ante sus inspiradas palabras y movido por la acción de la gracia, su padre se convenció de que ella estaba siendo guiada por el Espíritu Santo y no puso más obstáculos a la voluntad divina. Además, mandó que su familia le dejara cumplir en paz su vocación.

Vencidas las resistencias paternas, Catalina se dispuso a seguir el llamamiento divino. Tras numerosos rechazos, mediante una confiada insistencia y fervorosas oraciones, finalmente fue recibida en la Orden de Predica-

dores y revestida del hábito terciario dominico.

Por su deseo de servir radicalmente a Dios en su nuevo modo de vida, se propuso a sí misma llevar un régimen de completo silencio. Durante tres años lo mantuvo ininterrumpidamente, hablando nada más para contarle sus pecados al confesor. En ese tiempo, su alma permanecía absorta en la convivencia celestial, dialogando con la Trinidad Santísima y entreviendo místicamente los misterios divinos.

Fenómenos místicos e intensos sufrimientos

Una nueva realidad había comenzado para Catalina: por una parte, Nuestro Señor la hacía confidente de su sabiduría y amor; por otra, le pedía que participara en los sufrimientos de su Pasión. Así, inspirada por Él, se impuso numerosas penitencias: se flagelaba, utilizaba el cilicio y, a cierta altura de su vida, llegó a alimentarse solamente de la Eucaristía, a la que le tenía gran devoción.

Sufrió también numerosas enfermedades. Pero, por un verdadero milagro, aunque su cuerpo estuviera extremadamente enfermo y debilitado, nunca llegó a perder la vitalidad necesaria para enfrentar con alegría cualquier dificultad enviada por la Providencia.

La vida de Catalina transcurría, pues, envuelta en constantes fenómenos místicos, acompañados de intensos sufrimientos. Se sabe, por ejemplo, que fue favorecida con los estigmas y que trocó su voluntad con la de Nuestro Señor Jesucristo. Esta insigne gracia, por cierto, le dejó marcas físicas: después de que el Redentor le retirara el corazón para poner el suyo en su lugar, le quedó una cicatriz grabada en el pecho.

Toda esa acción directa de Dios sobre la piadosa Catalina la perfeccionaba y le elevaba el espíritu. Siempre receptiva a las luces sobrenaturales con las que Él la beneficiaba, se instauró en su alma, ya en esta tierra, una convivencia con lo sobrenatural impregnada de celestial intimidad.

En el crisol de la prueba

En sus insondables designios, la Providencia permitió que Catalina sufriera también fortísimas tentaciones. Su combate contra ellas le quitaba mucha sangre de alma, así como de su cuerpo, pues se flagelaba hasta derramarla a fin de ahuyentar los demonios. Mientras éstos la atormentaban, rezaba y, confiada, se ponía en las manos de Dios; jamás dialogaba con el enemigo.

A cierta altura de su vida, una angustia más vino a unirse a sus no pe-

queñas tribulaciones: Nuestro Señor, que solía visitarla con tanta frecuencia, parecía que la había abandonado.

Mucho tiempo pasó en esos atroces sufrimientos, hasta que un día el Espíritu Santo la iluminó e hizo que entendiera cuál era la causa de tales tentaciones. Renovó entonces el propósito de soportarlas con ánimo. Poco tiempo después, durante una visión de Nuestro Señor, el enemigo que tanto la molestaba se retiró definitivamente.

Fecunda actuación apostólica y caritativa

Vencida la batalla, Nuestro Señor volvió a aparecersele con asiduidad, llegando incluso a acompañarla en las oraciones.

Esas convivencias místicas eran tan intensas y fecundas que en ellas aprendió a leer y escribir. Buena parte de las enseñanzas recibidas durante sus inefables conversaciones de amor con el Altísimo están transcritas en el libro *El Diálogo*, cuyas partes principales fueron dictadas por la propia santa durante sus éxtasis.

Dios quería enriquecer el alma de Catalina con múltiples facetas, para que pudiera desempeñar su apostolado con Papas, cardenales, monjes, reyes o simples comerciantes.

La fe viva y la profunda sabiduría de la santa, así como su modo caritativo y apostólico de relacionarse con el prójimo, fueron de incalculable valor para la defensa de la Iglesia en la difícil coyuntura por la cual estaba pasando en esa época. Se conservan 381 cartas escritas por ella, en las que se percibe cómo Dios la usaba como instrumento para beneficiar a las más variadas personas con sus consejos.

Catalina realizó también numerosas obras de caridad. Prestó servicios en hospitales y, durante la peste de 1374, se dedicó al auxilio de los contaminados, obrando incontables curaciones. Secundada por el don del milagro, favoreció sobre todo a los enfer-



Catalina, sin titubear, eligió la corona de espinas, tomándola como signo de la vía de sufrimiento

Jesucristo le ofrece las dos coronas
Oratorio della Camera del santuario de
Santa Catalina, Siena (Italia)

mos de alma, convirtiendo con inspiradas palabras a muchos pecadores.

Una corona de rosas y otra de espinas

La fuerza de la personalidad de Catalina, sublimada por la acción de la gracia, le hacía llenarse cada vez más de celo por las cosas de lo alto, siendo extraordinarios los efectos que el divino Amor producía en ella. Por ejemplo, también fue exorcista: con tan sólo una señal de la cruz llegó a liberar a un alma vejada por ataques diabólicos. Sus santos gestos aterrorizaban a los infiernos y contribuían a la salvación de las almas.

En una visión Nuestro Señor le ofreció dos coronas: una de rosas y otra de espinas. Catalina, sin titubear, eligió la de espinas, tomándola como signo de la vía de sufrimiento del calvario que Él le trazaba.

Esa vida de unión con Dios le atrajo muchos discípulos, que la acompa-

ñaban en sus viajes de apostolado y asistían a sus éxtasis. Algunas personas malintencionadas, no obstante, reprobaban su piedad y criticaban sus visiones, a las que consideraban meros sueños. Catalina, sin embargo, tranquila en su conciencia, continuaba haciendo el bien conforme las inspiraciones del Cielo.

Lucha en defensa de la Iglesia y del Papado

Aunque todo ese apostolado parecía haber sido nada más que un preludio para la gran misión que le estaba reservada en la crisis que asolaba la Santa Iglesia y causaba enormes tribulaciones tanto en la sociedad espiritual como en la temporal.

Cuatro décadas antes del nacimiento de Catalina, tramas políticas habían obligado a trasladar fuera de Roma la Cátedra de Pedro y, durante casi setenta años, varios pontífices gobernaron la Iglesia desde la ciudad francesa de Aviñón. El último de ellos, Gregorio XI, restableció el Papado en Roma precisamente por influencia de nuestra santa.

Para conquistar el regreso del sumo pontífice a la Ciudad Eterna, Catalina escribió cartas a políticos y eclesiásticos, haciéndoles duras críticas por la situación en que se encontraba la Esposa de Cristo. En determinado momento, viajó personalmente a Aviñón para comunicarle a Gregorio XI la voluntad del Altísimo, que consistía, en síntesis, en un plan de reforma de la Iglesia destinado a restablecer la paz en su seno. Para que eso fuera posible, era indispensable que el Papa volviera a Roma.

Al mismo tiempo, trabajó infatigablemente ante la sociedad temporal, tratando de apaciguar los conflictos que dividían a las ciudades, aunque ello le costara sufrir injurias y persecuciones.

El regreso de Gregorio XI a la Ciudad Eterna sólo se daría en 1377, tras numerosas luchas. Al año si-

guiente fallecería, dando origen a un nuevo período de turbulencias para la Historia de la Santa Iglesia.

En sustitución suya un problemático conclave elevó a Urbano VI al solio pontificio, pero poco tiempo después un grupo de cardenales decretó inválida aquella elección y escogieron como sumo pontífice a Roberto de Ginebra, quien, bajo el nombre de Clemente VII, estableció su trono en Aviñón.

Se había consumado el Gran Cisma de Occidente. Ambiciones e intereses políticos dividían a la Iglesia y trataban de mancharla. Parte de los fieles obedecían a Roma; otros, a Aviñón. Los católicos se sentían inseguros en su fe.

Catalina, no obstante, defendía con seguridad la legitimidad del Papa Urbano VI y, mientras procuraba suavizarle su temperamento intempestivo y colérico, le alertaba acerca de la gravedad de la situación que sacudía a la Iglesia.

Previsión de los acontecimientos futuros

Al no conseguir impedir tamaño desastre y viendo la terrible situación de la Esposa Mística de Cristo, Catalina se ofreció al Señor como víctima. Su vida, marcada por las buenas obras y penitencias, era así entregada en holocausto. El abatimiento y la debilidad dominaron poco a poco su cuerpo, aunque su espíritu se mostraba siempre más fortalecido.

Rezaba continuamente por la Iglesia, encomendándola al cuidado de Nuestra Señora, pues anteveía que las adversidades por las cuales pasaba en ese momento no eran nada comparadas con los trágicos acontecimientos que habría de atravesar en el futuro.

Con todo, también vio proféticamente que, tras enfrentar tantos males, la Santa Iglesia sería glorificada y sus ministros renovados. Así lo relató a su confesor: “Después de todas estas tribulaciones y angustias, de



Tranquila en su conciencia, Catalina continuaba haciendo el bien conforme las inspiraciones del Cielo

Santa Catalina expulsa de una posesa al demonio
Pinacoteca Vaticana

un modo que los hombres no pueden comprender, Dios purificará la Santa Iglesia y despertará el espíritu de los elegidos. Seguirá luego un mejoramiento tan grande en la Iglesia de Dios y una renovación tal de los santos pastores, que sólo de pensarlo mi espíritu exulta en el Señor”.²

Un cambio radical habría de tener lugar en esos tiempos venideros: “La Esposa que ahora es fea y anda mal vestida, se lo he repetido otras veces, será entonces bellísima y estará adornada de gemas preciosas y coronada con la diadema de todas las virtudes. Todos los pueblos fieles gozarán al saberse honrados por pastores así, y también los infieles, atraídos por el buen olor de Jesucristo, volverán al redil católico y se convertirán al verdadero Pastor y Obispo de sus almas. Dad gracias pues al Señor porque tras la tempestad otorgará a su Iglesia una grande y bella calma”.³

A ella se le dio todo, en plena unión de amor

Catalina, a través de su apostolado, de sus célebres amonestaciones dirigidas a las autoridades eclesiásticas y civiles y, sobre todo, por la ofrenda de sus numerosos sufrimientos, trabajó para reconducir las ovejas de Cristo a un solo rebaño bajo la égida de un solo pastor.

Esa fue la lucha sin tregua que libró durante toda su vida y que se volvió más reñida con el paso del tiempo. Catalina ansiaba el día en que la Esposa Mística de Cristo fuera “coronada con la diadema de todas las virtudes” y en el que el Reino de Dios se extendería por todo el orbe.

El 29 de abril de 1380, con 33 años, Catalina dejó esta vida: Nuestro Señor la llamaba para concederle, por fin, la plenitud de la unión de amor de la cual antegozaba en la tierra. Su cuerpo fue enterrado en la basílica de Santa María sopra Minerva, de Roma, bajo cuyo altar mayor reposan hoy sus restos mortales. Pío II la canonizó en 1461 y Pablo VI le concedió el título de doctora de la Iglesia. Fue declarada también patrona de Italia y de Europa.

El Espíritu Santo actuó de forma tan extraordinaria, fecunda y directa sobre el alma de Santa Catalina de Siena que sería imposible mencionar en este artículo todos los aspectos de esa acción divina. Pero, incluso habiéndonos restringido a tratar solamente algunos de ellos, es suficiente para subrayar el rasgo más marcante de su gloriosa vocación: el especialísimo lazo de amor que la unía con el Altísimo y que la hizo vivir en esta tierra como si ya estuviera en el Cielo. ✧

¹ La autora es miembro de los Heraldos del Evangelio, licenciada en Derecho por el Centro Universitario Salesiano de São Paulo y está inscrita en la Orden de Abogados de Brasil en la Sección São Paulo.

² BEATO RAIMUNDO DE CAPUA. *Santa Catalina de Siena*. Barcelona: La Hormiga de Oro, 1993, p. 281.

³ Ídem, ibidem.

La escena del Huerto se repite...

Si perseguir a la Iglesia es perseguir a Jesucristo y si hoy también la Iglesia es perseguida, entonces Cristo es perseguido. La Pasión del Señor se repite de algún modo en nuestros días.

Plinio Corrêa de Oliveira



Reproducción

La verdadera piedad debe impregnar toda el alma humana y, en consecuencia, debe también despertar y estimular emociones. Pero no sólo es emoción, ni siquiera principalmente emoción. La piedad brota de la inteligencia formada por un estudio catequético cuidadoso. Comporta un conocimiento exacto de nuestra fe y, por tanto, de las verdades que rigen la vida interior.

La piedad genuina reside asimismo en la voluntad, pues exige querer alcanzar seriamente el bien que la inteligencia nos hace conocer. No basta, por ejemplo, saber que Dios es perfecto; necesitamos amar esa perfección y deseársela para nosotros en toda la medida de lo posible. En esto consiste el anhelo para la santidad.

Nótese que “desear” no significa sentir veleidades vagas y estériles. Sólo queremos seriamente un determinado bien cuando estamos dispuestos a cualquier sacrificio para conseguirlo.

¿Qué dar al Señor en los días de su Pasión?

Así, la prueba de que deseamos seriamente amar a Dios y procurar nuestra santificación es la de estar dis-

puestos a todos los sacrificios para alcanzar esa meta suprema. Sin eso, todo “querer” no es más que ilusión y mentira. Podemos sentir gran ternura en la contemplación de las verdades y misterios de la religión, pero si de ahí no sacamos resoluciones serias y eficaces, de nada valdrá nuestra piedad.

Es lo que se debe decir especialmente en los días de la Pasión del Señor. No nos sirve únicamente acompañar con ternura los distintos episodios de la Pasión. Sería algo excelente; sin embargo, insuficiente. Debemos dar a Nuestro Señor, en estos días, pruebas sinceras de nuestra devoción y amor.

Estas pruebas las damos mediante el propósito de enmendar nuestra vida y de luchar con todas nuestras fuerzas por la Santa Iglesia Católica, Cuerpo Místico de Cristo. Cuando Nuestro Señor interpeló a San Pablo en el camino hacia Damasco, le preguntó: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?” (Hch 9, 4). El futuro apóstol perseguía a la Iglesia, y Nuestro Señor le dijo que era a Él mismo a quien perseguía.

Si perseguir a la Iglesia es perseguir a Jesucristo y si hoy también la Iglesia es perseguida, entonces Cris-

to es perseguido. La Pasión de Nuestro Señor Jesucristo se repite de algún modo en nuestros días.

Meditemos en lo que Cristo sufrió

¿Cómo se persigue a la Iglesia? Atentando contra sus derechos o trabajando para apartar de ella a las almas. Todo acto por el cual se aleja un alma de la Iglesia es un acto de persecución a Cristo.

Toda alma es un miembro vivo de la Iglesia. Por lo tanto, arrancarle un alma a la Iglesia es arrancarle un miembro al Cuerpo Místico de Cristo, es hacerle a Nuestro Señor, en cierto sentido, lo mismo que nos harían a nosotros si nos arrancaran la niña de los ojos.

Si queremos, pues, condolernos con la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo meditemos sobre lo que Él sufrió a manos de sus verdugos, pero no nos olvidemos de todo lo que aún hoy se hace para herir su divino Corazón.

Ante todo, porque Nuestro Señor, durante la Pasión, previó todo cuanto pasaría después. Previo todos los pecados de todos los tiempos, así que también los de nuestros días. Previo nuestros pecados y por ellos sufrió anticipadamente. Estuvimos presen-

tes en el Huerto como verdugos, y como verdugos seguimos paso a paso la Pasión hasta lo alto del Gólgota.

Arrepintámonos, pues, y lloremos.

La Iglesia, sufridora, perseguida, vilipendiada, está ahí ante nuestros ojos indiferentes o crueles. Está delante de nosotros como Cristo delante de Verónica. Condolámonos con sus padecimientos. Con nuestro cariño, consolemos a la Santa Iglesia por todo cuanto sufre. Podemos estar seguros de que, así, estaremos dando al propio Cristo una consolación idéntica a la que le dio Verónica.

El pecado de la indiferencia para con Dios

Empecemos por la fe. Ciertas verdades referentes a Dios y a nuestro destino eterno las podemos conocer a través de la mera razón; otras, únicamente porque Él nos las enseñó.

En su infinita bondad, Dios se reveló a los hombres en el Antiguo y en el Nuevo Testamento, enseñándonos lo que nuestra razón no podría develar y aún muchas verdades que podríamos conocer racionalmente, pero que la humanidad, por culpa propia, ya no conocía de hecho.

La virtud por la cual creemos en la Revelación es la fe. Nadie puede practicar un acto de fe sin el auxilio sobrenatural de la gracia de Dios. Esa gracia, Dios la da a todas las criaturas y, en abundancia torrencial, a los miembros de la Iglesia Católica como condición de su salvación.

Nadie llegará a la eterna bienaventuranza si rechaza la fe. Es por la fe que el Espíritu Santo habita en nuestros corazones. Rechazarla significa rechazar al Espíritu Santo y expulsar a Jesucristo de nuestra alma.

Pensemos ahora cuántos católicos rechazan hoy día la fe. Fueron bautizados, pero dejaron de creer por culpa propia, porque nadie pierde la fe sin culpa, y culpa mortal.

Helos ahí que, indiferentes y hostiles, piensan, sienten y viven como

paganos y, por eso, su desgracia es inmensa. En ellos está de manera indeleble la señal del Bautismo. Están marcados para el Cielo, pero caminan hacia el Infierno.

En su alma redimida, la aspersión de la sangre de Cristo está marcada, nadie la borrará. En cierto modo es la sangre de Cristo la que ellos profanan cuando en esa alma rescatada acogen principios, máximas y normas contrarios a la doctrina de la Iglesia.

El católico apóstata posee algo de semejanza al sacerdote apóstata. Arrastra consigo los restos de su grandeza, los profana, los degrada



“Ecce Homo” - Museo de Arte Sacro, Osuna (España). En la página anterior, el Dr. Plinio adorando la Santa Cruz en la década de 1990

*Si queremos
condolernos con la
Pasión de Nuestro
Señor Jesucristo
meditemos sobre lo
que Él sufrió a manos
de sus verdugos*

y se degrada con ellos. Pero no los pierde.

¿Y a nosotros? ¿Nos importa eso? ¿Sufrimos con eso? ¿Rezamos para que esas almas se conviertan? ¿Hacemos penitencia? ¿Hacemos apostolado? ¿Dónde está nuestro consejo, nuestra argumentación, nuestra caridad? ¿Dónde está nuestra altiva y enérgica defensa de las verdades que ellos niegan o injurian?

El Sagrado Corazón sangra con eso. Sangra por la apostasía de ellos; y por nuestra indiferencia. Indiferencia doblemente censurable, porque es una indiferencia para con nuestro prójimo y, sobre todo, una indiferencia para con Dios.

¿Coincidencia o conspiración?

¿Cuántas almas, en el mundo entero, van perdiendo la fe? Pensemos en el incalculable número de periódicos impíos, libros impíos, filmes impíos, programas de radio impíos, de los que el orbe se llena diariamente. Pensemos en los numerosos obreros de Satanás que, en las cátedras, en la intimidad de las familias, en los lugares de reunión o diversión, propagan ideas impías.

Con todo ese esfuerzo empleado, ¿quién admite que no va a dar resultado? Los efectos de todo ello están ante nosotros. Diariamente las instituciones, las costumbres, el arte se están descristianizando, indicio innegable de que el mundo mismo va perdiéndose para Dios.

¿Acaso no habrá en todo esto una gran conjuración? Tantos esfuerzos, armónicos entre sí, uniformes en sus métodos, en sus metas, en su desarrollo, ¿serán mero fruto de coincidencias? ¿Dónde y cuándo objetivos desarticulados produjeron articuladamente la más formidable ofensiva ideológica que la Historia conoce, la más completa, la más ordenada, la más extensa, la más ingeniosa, la más uniforme en su esencia, en sus fines, en su evolución?

Ni pensamos ni percibimos eso; al contrario, dormimos en la modorra de nuestra vida de todos los días. ¿Por qué no somos más vigilantes? La Iglesia sufre todos los tormentos sola. Lejos, bien lejos de ella, echamos una cabezada. Es la escena del Huerto que se vuelve a repetir.

A decir verdad, la Iglesia nunca ha tenido tantos enemigos y, paradójicamente, nunca ha tenido tantos “amigos”.

Incontable legión de almas tibias

Esa fe que tantos combaten, persiguen, traicionan, gracias a Dios nosotros la poseemos. Sin embargo, ¿qué uso hacemos de ella? ¿La amamos? ¿Comprendemos que nuestra mayor ventura en la vida consiste en ser miembros de la Santa Iglesia, que nuestra mayor gloria es el título de cristiano?

En caso afirmativo —y cuán raros son los que podrían en sana conciencia responder afirmativamente—, ¿estamos dispuestos a todos los sacrificios para conservar la fe?

No digamos que sí en un asomo de romanticismo. Veamos fríamente los hechos.

Junto a nosotros no está el verdugo que nos va a poner en la alternativa de la cruz o de la apostasía; pero diariamente la conservación de la fe exige de nosotros sacrificios. ¿Los hacemos? ¿Será bien cierto que para conservar la fe evitamos todo lo que la puede poner en peligro? ¿Evitamos las lecturas que la pueden ofender? ¿Evitamos las compañías en las cuales está expuesta en riesgo? ¿Procuramos los ambientes en los cuales la fe florece y echa raíces? O, a cambio de placeres mundanos y pasajeros, ¿vivimos en ambientes en los que



Mons. João Scognamiglio en el solemne Oficio de la Pasión - Basílica de Nuestra Señora del Rosario, Caeiras (Brasil), 3/4/2015

Quando el divino Maestro gimió, lloró, sudó sangre durante la Pasión, lo atormentaba todo lo que contra la Iglesia se haría

la fe se marchita y amenaza derrumbarse?

Todo hombre por su propio instinto de sociabilidad tiende a aceptar las opiniones de los otros y, en general, en nuestros días las opiniones dominantes son anticristianas. Se piensa contrariamente a la Iglesia en materia de filosofía, de sociología, de historia, de ciencias positivas, de arte, en fin, de todo. Nues-

tros amigos siguen la corriente.

¿Tenemos el valor de disprepar? ¿Resguardamos nuestro espíritu de cualquier infiltración de ideas erradas? ¿Pensamos con la Iglesia en todo y por todo? ¿O nos contentamos negligentemente en ir viviendo, aceptando todo lo que el espíritu del siglo nos inculca, y simplemente porque él nos lo inculca?

Es posible que no hayamos expulsado al Señor de nuestra alma. ¿Pero cómo tratamos a este divino Huésped? ¿Es objeto de todas nuestras atenciones, el centro de nuestra vida intelectual, moral y afectiva? ¿Es el Rey? ¿O nada más que para Él hay un espacio pequeño donde lo toleramos como huésped secundario, insulto, un poco inoportuno?

Cuando el divino Maestro gimió, lloró, sudó sangre durante la Pasión, no lo atormentaban únicamente los dolores físicos, ni siquiera los sufrimientos ocasionados por el odio de los que en ese momento lo perseguían. También lo atormentaba todo lo que contra Él y la Iglesia se haría en los siglos venideros.

Lloró por el odio de todos los malos, de todos los Arios, Nestorios, Luteros, pero lloró igualmente porque veía ante sí el cortejo interminable de las almas tibias, de las almas indiferentes que, sin perseguirlo, no lo amaban como debían.

Es la incontable legión de los que pasaron por la vida sin odio y sin amor, los cuales, según Dante, se quedaban fuera del Infierno porque ni en el Infierno había un lugar adecuado para ellos. ✧

Extraído, con adaptaciones, de: *Legionario*. São Paulo. Año XIX. N.º 764 (30/3/1947); pp. 1; 7.

Santa Bernadette *y “la necesidad de la cruz”*

Mucho se sabe sobre la piadosa joven a la cual la Virgen se le apareció en Lourdes. Poco, no obstante, se conoce de su vida de sufrimiento como religiosa en Nevers y de los motivos que la llevaron a ofrecerse como víctima expiatoria.



Paulo Teixeira Campos

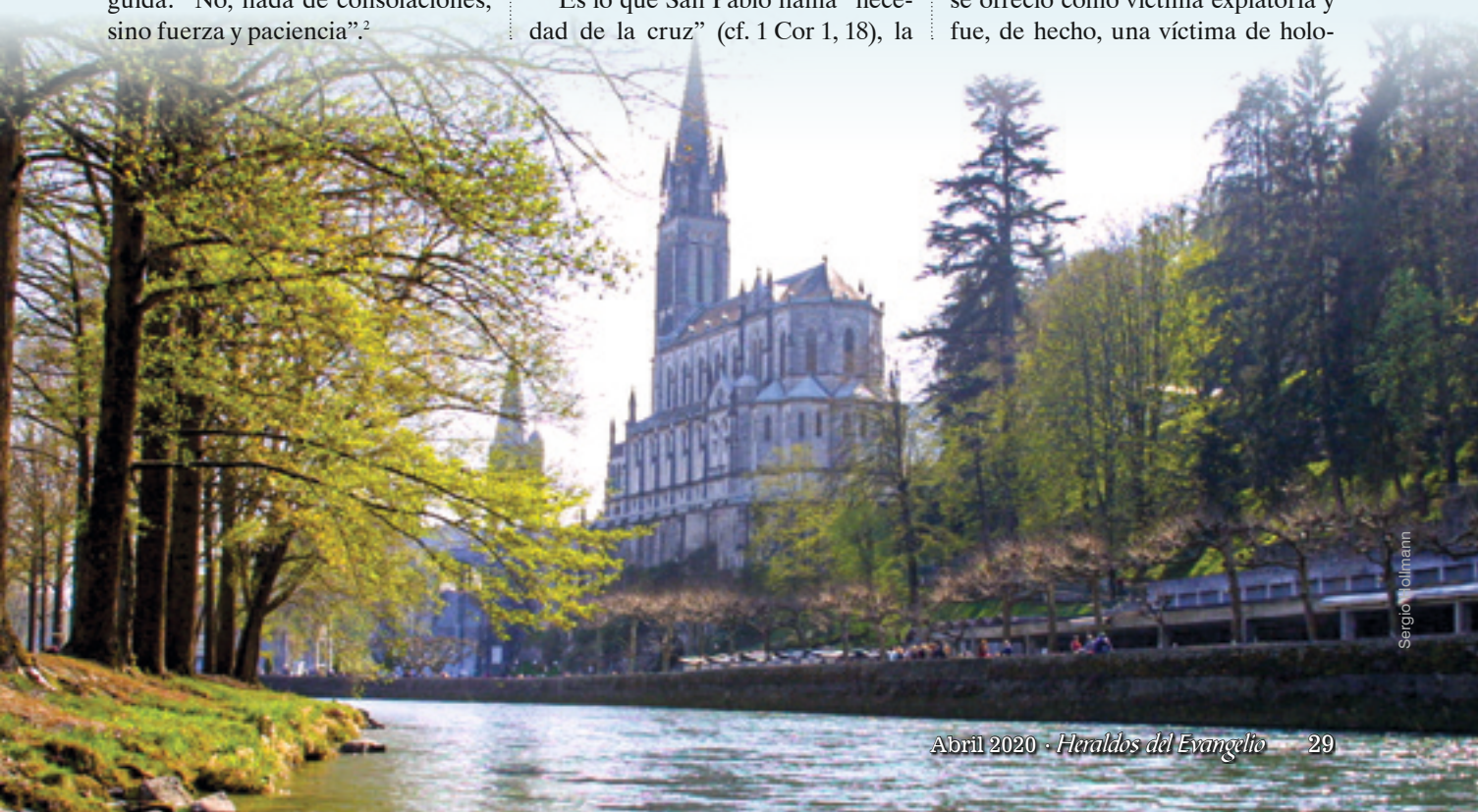
En la víspera de su muerte, Santa Bernadette Soubirous le confió a una de sus hermanas de vocación: “Estoy molida como un grano de trigo. Nunca pensé que fuera necesario sufrir tanto para morir”.¹ Y cuando, poco antes de su partida hacia el Cielo, alguien le dijo que iba a pedirle a la Virgen que le enviara algún consuelo, la santa le replicó enseñada: “No; nada de consolaciones, sino fuerza y paciencia”.²

En esas dos frases, se revela un importante aspecto de la vida de Bernadette: su ofrecimiento al Señor como víctima de expiación. Se trata de una altísima vía, por la cual caminan solamente aquellos que, atendiendo a las santas exigencias de la amistad divina, procuran siempre inflamarse más en el fuego de la caridad y glorificar a Dios en medio de las tribulaciones.

Es lo que San Pablo llama “necesidad de la cruz” (cf. 1 Cor 1, 18), la

cual se halla en los santos cuando el amor al sufrimiento, en ellos, “alcanza cierto grado de magnanimidad que los impulsa a desear toda clase de padecimientos interiores y exteriores con el fin de identificarse más con el divino Crucificado y de ayudarle más eficazmente en su obra redentora”.³

Gran admirador de la vidente de Lourdes, Plinio Corrêa de Oliveira comentó de ella: “Santa Bernadette se ofreció como víctima expiatoria y fue, de hecho, una víctima de holo-



causto agradable a Dios. [...] Cuando subió al Cielo, llevó tras de sí a miles, a millones de almas que se salvaron a causa de su sacrificio”.⁴

Veamos a continuación cómo los hechos confirman esa afirmación.

“Mi oficio es el de estar enferma”

La primera vez en la que le dirigió la palabra, la Santísima Virgen le hizo una promesa austera y sublime: “No te prometo hacerte feliz en este mundo, pero sí en el otro”.⁵ Es decir, ya desde el inicio Ella cuidó de preparar a la joven vidente para los sufrimientos que habrían de triturarla “como un grano de trigo”.

Bernadette tenía conciencia de su misión de víctima. Interrogada cierto día sobre el motivo por el cual Nuestra Señora no la curaba, contestó con toda naturalidad: “Tal vez Ella quiera que yo sufra...”.⁶

Muy sugerente, en ese sentido, es un episodio ocurrido cuando yacía inválida en el lecho de los dolores. Su superiora entró en la enfermería y, a guisa de saludo, le preguntó con una amable sonrisa:⁷

—¿Qué haces aquí, perezosa mía?

—Madre, mi oficio.

—¿Y qué oficio es el tuyo, hija mía?

—Mi oficio es el de estar enferma.

Cuyas palabras equivalían a decir: “Mi oficio es sufrir como víctima expiatoria”. El P. Febvre, capellán del convento y confesor de Bernadette, también nos dejó este valioso testimonio: “Su ambición, que escondía como mejor podía, era la de ser víctima por el Sagrado Corazón de Jesús”.⁸



Santa Bernadette fotografiada en 1861 por el P. Paul Bernadou

Ya en su primera aparición, la Santísima Virgen le dijo: “No te prometo hacerte feliz en este mundo, pero sí en el otro”

Una cascada de flagelos

La divina Providencia aceptó con voracidad, por así decirlo, el sufrimiento de la santa de Lourdes e implosiona la cascada de flagelos que cayeron sobre ella.

Desde el principio de las apariciones fue sometida a un afligido acoso psicológico no sólo por personas piadosas y movidas por verdadera devo-

ción, sino también por gente de mala fe que buscaba pretextos para atacar a la religión.

Además, soportó numerosas pruebas durante los años de vida religiosa en la casa madre de la Hermanas de la Caridad y de la Instrucción Cristiana, de Nevers, donde fue admitida como novicia en 1866, con 22 años.

Finalmente, sufrió los padecimientos derivados de varias enfermedades: asfixiantes crisis de asma, tumor de origen tuberculoso en la rodilla derecha, dilaceración del pecho acompañada de vómitos de sangre, aneurisma, cólico gástrico y, en los últimos dos años en esta tierra, caries ósea: “Su pobre cuerpo era el receptáculo de todos los dolores”,⁹ escribía el P. Febvre. Idéntico testimonio lo dio una de las enfermeras: “Su pobre cuerpo no era más que una llaga”.¹⁰

A partir del 11 de diciembre de 1878, debido al agravamiento del tumor de la rodilla, la enferma ya nunca se pudo levantar de su lecho. Cualquier movimiento constituía una tortura para ella. Como no lograba dormir, las largas noches de insomnio eran un azote más.

“Mi pasión durará hasta la muerte”

Todo ello, no obstante, era casi nada en comparación con los sufrimientos de alma, como lo atestigua uno de sus biógrafos: “En los últimos años de su vida fue asaltada por terrores morales, mil veces más terribles que los dolores físicos”.¹¹

La propia santa le confió a una enfermera que trataba de darle un poco de alivio en una de las frecuentes crisis de asma: “Es muy doloroso no poder respirar, pero mucho más

¹ LAURENTIN, René. *Vie de Bernadette*. Paris-Lourdes: Desclée de Brouwer; (Euvre de la Grotte, 1978, p. 245.

² Ídem, p. 249.

³ TANQUEREY, Adolphe. *La divinización del sufrimiento*. Madrid: Rialp, 1955, p. 218.

⁴ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 15/4/1967.

⁵ RAVIER, SJ, André. *Les écrits de Sainte Bernadette et sa voie spirituelle*. 2.^a ed. Paris: P. Le-thielleux, 1980, p. 66.

⁶ LAURENTIN, René. *Bernadette vous parle*. Paris: P. Le-thielleux, 1987, p. 203.

⁷ Cf. BORDENAVE, Marie-Thérèse. *Bernadette: la confi-*

penoso es ser torturada por angustias interiores. Es terrible”.¹²

Sin embargo, en lugar de dejarse abatir pedía fuerzas para sufrir más: “Oh Jesús, dame, te lo suplico, el pan de la paciencia para soportar las aflicciones que mi corazón sufre. Oh Jesús, me quieres crucificada... ¡Fiat!”.¹³

¿Qué tormentos eran esos?

“A menudo se reprochaba no haber ‘correspondido’ a Dios, en virtud de las gracias recibidas”,¹⁴ atestigua el P. Fevre. Su testimonio es confirmado por la propia santa que, en la víspera de su muerte, le contó a una de sus hermanas de vocación: “Mi querida hermana, tengo miedo. He recibido tantas gracias y las he aprovechado tan poco”.¹⁵

Recibió la extremaunción a finales de marzo de 1879. Dos semanas después, un Domingo de Pascua, le reveló a la enfermera: “Mi pasión durará hasta la muerte”.¹⁶ Bien podría haber dicho más precisamente: “Mi pasión se irá agravando hasta el último instante de vida”.

De hecho, el caminar hacia su desenlace fue un lento y torturante cortejo rumbo al holocausto, que sólo llegaría a producirse el 16 de abril de 1879.

Por un singular designio de la Providencia, la muerte de Santa Bernadette presenta algunos rasgos de similitud con el supremo sacrificio del Calvario: a las tres de la tarde, abrió los brazos en cruz, dijo que tenía sed y pidió un poco de agua; la enfermera embebió en agua un algodón y lo comprimió en sus labios, para que pudiera absorber algunas gotas. A continuación, se recogió profundamente, trazó una amplia y majestuo-



Restos mortales de la santa, fotografiados durante el velatorio

Murió “molida como un grano de trigo”, cumpliendo por entero su doble misión de confidente de la Inmaculada Concepción y de víctima expiatoria

sa señal de la cruz, inclinó la cabeza y expiró apoyada en el brazo de una de las religiosas que tuvieron la gracia de presenciar la muerte de una gran santa.

Murió, en efecto, “molida como un grano de trigo”, cumpliendo por entero su doble misión de confidente de la Inmaculada Concepción y de víctima expiatoria.

Fuente de inefable júbilo y paz

En medio de tantos padecimientos la santa se sentía, no obstante, muy alegre. “Soy más feliz en mi lecho, con mi Jesús, que una reina en su trono”,¹⁷ le escribió a una amiga que le había enviado de regalo un crucifijo.

Hay algo de misterioso, sin duda, en las almas llamadas por Dios a ofrecerse como víctimas expiatorias: se cobra de ellas sufrimientos a veces inenarrables, pero luego las recompensa, ya en esta tierra, con una felicidad inefable. La unión que se establece con el Amado se vuelve para ellas fuente de júbilo y paz, imposible de ser superada por cualquier gozo o satisfacción natural.

Los que no son capaces de elevar sus ojos por encima de las cosas del mundo jamás comprenderán ese sublime arcano, porque, conforme enseña el Apóstol, “el mensaje de la cruz es necesidad para los que se pierden” (1 Cor 1, 18).

“¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el docto? ¿Dónde está el sofista de este tiempo?”, se pregunta. “¿No ha convertido Dios en necesidad la sabiduría del mundo? Y puesto que, en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios por el camino de la sabiduría, quiso Dios valerse de la necesidad de la predicación para salvar a los que creen” (1 Cor 1, 20-21).

El mundo, nuestro tan conturbado mundo, lleno de incertidumbres, conflictos y dramas, ¿no sería un poco más feliz si, como Santa Bernadette, amara más a María Santísima y supiera entender el valor del sufrimiento y la “necesidad de la cruz”? ✧

dente de l'Immaculée. Nevers: Saint-Gildard, 1982, p. 177.

⁸ LAURENTIN, *Vie de Bernadette*, op. cit., p. 236.

⁹ Ídem, p. 236.

¹⁰ Ídem, p. 241.

¹¹ ESTRADÉ, Jean-Baptiste. *Histoire intime des apparitions*, apud LAURENTIN, *Vie de Bernadette*, op. cit., p. 234.

¹² LAURENTIN, *Vie de Bernadette*, op. cit., p. 233.

¹³ BORDENAVE, op. cit., p. 175.

¹⁴ LAURENTIN, *Vie de Bernadette*, op. cit., p. 234.

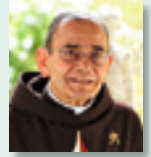
¹⁵ Ídem, p. 246.

¹⁶ Ídem, p. 244.

¹⁷ RAVIER, op. cit., p. 440.

La fuerza de un varón de fe

Durante tres meses aquellos jóvenes afrontaron la epidemia. Ésta los rondaba a todo momento, pero una fuerza invisible le impedía contagiarlos: todos atravesaron ilesos la gran tormenta.



P. Francisco Teixeira de Araújo, EP

Mucho se ha elogiado a San Juan Bosco —y con cuánta razón!— por la heroica caridad que lo llevó a sacrificar su vida en la formación de la juventud necesitada, así como su empeño por la salvación de las almas, meta última de sus actividades. A otros muchos títulos este santo merece alabanzas, pero especialmente brilla por practicar una virtud que es el fundamento de todas las demás: Don Bosco era ante todo un hombre de fe. Pero no una fe inerte, sino activa y operosa.

Una de las numerosas y elocuentes pruebas de ello es el episodio narrado a continuación.¹

Pánico ante una peste letal y altamente contagiosa

Triste noticia recibió la ciudad de Turín el 25 de julio de 1854: la epidemia de cólera morbo se había cobrado aquel día sus primeras víctimas. Procedente de la India, afectó inicialmente a Inglaterra, pasó a Francia y de allí a la península itálica. En dos meses mató a cerca de 3000 personas en la ciudad de Génova. En la de Sassari segó la vida de 5000 de sus 23 000 habitantes.

No había un medicamento eficaz para esa peste altamente letal y con-

tagiosa y eso aumentaba el pánico entre la población. Cuando se constataba que alguien de una casa había sido contagiado, vecinos e incluso parientes huían aterrorizados abandonando a la infeliz víctima. Hubo médicos que para salvar su propia piel dejaron la ciudad.

Tras decretar normas de precaución, el poder civil solicitó y obtuvo rápida colaboración del clero en la lucha contra el enemigo común: Camilos, Capuchinos, Dominicos y Oblatos de María se ofrecieron para prestar asistencia a los *colerosos*.

En ese momento de alarma, la Obra de San Juan Bosco estaba lejos de ser lo que luego vendría a convertirse unos años más tarde: el Oratorio contaba tan sólo con un centenar de adolescentes. No sin gran preocupación, nuestro santo veía cómo la epidemia desolaba toda la región en torno al Oratorio, diezmando y, en ciertos casos, destruyendo familias enteras.

¿Qué podía hacer él?

“Os aseguro que ninguno se contagiara del cólera”

Tomó enseguida las medidas sanitarias apropiadas para preservar del contagio a sus jóvenes. Pero no se limitó únicamente a eso. Postrado a

los pies de la Medianera de todas las gracias, le imploró: “María, Madre amorosa y poderosa, preserva a estos amados hijos míos. Y si el Señor quisiera una víctima de entre nosotros, heme aquí dispuesto a morir cuando y como le plazca”.

En la festividad de Nuestra Señora de las Nieves reunió a todos los jóvenes, les dio una breve charla y les dijo:

—Os recomiendo que cada uno haga mañana una buena confesión y una santa comunión, de modo que pueda ofrecerlos a todos a María, pidiéndole que os guarde y proteja como hijos dilectísimos suyos. ¿Lo haréis?

—Sí, sí —respondieron al unísono.

—Si os mantenéis en gracia de Dios y no cometéis pecado mortal alguno, os aseguro que ninguno de vosotros se contagiara del cólera —añadió el santo.

Una invitación al heroísmo

Pero el corazón de Don Bosco era demasiado grande como para contentarse sólo con la preservación de los suyos. Al ver que la epidemia se extendía cada día más y considerando la cantidad de almas que comparecían ante el Supremo Juez sin el auxilio de los sacramentos, tomó

una decisión que únicamente los santos tienen discernimiento para asumir con acierto y seguridad: lanzarse con sus hijos en la penosa y arriesgada tarea de dar asistencia a aquellos infelices.

A principios de agosto los reunió a todos y les describió la situación de abandono en la cual se encontraba tanta gente afectada por la enfermedad y les manifestó su deseo de que le acompañaran en esa obra de misericordia. Catorce aceptaron de inmediato la propuesta; pocos días después otros treinta siguieron su ejemplo.

Antes de lanzarlos al campo de batalla, Don Bosco les prescribió sabias reglas que cumplir, de manera que su acción fuera eficaz para la salvación tanto del cuerpo como del alma. Les dio oportunas y sabias enseñanzas sobre cómo tratar a los infectados. A todo ello, añadió algunas sugerencias relacionadas con la asistencia espiritual, a fin de que, en la medida de lo posible, ningún enfermo muriera sin el consuelo de la religión.

Como dignos hijos de tal padre, todos se pusieron en camino: varios prestaban auxilio en los hospitales, algunos atendían enfermos en casas particulares, otros exploraban los alrededores en busca de damnificados abandonados y un grupo permanecía de guardia en el Oratorio, para atender cualquier urgencia.

Don Bosco superaba a todos en dedicación

Pronto se difundió la noticia de que aquellos jóvenes eran excelentes enfermeros. Resultado: las peticiones de socorro llovían por todas partes, hasta del Gobierno municipal. Pero eran poquísimos obreros para tan inmensa mies... De modo que a cada jornada disminuían los momentos de descanso y de alimentación. Muchas veces apenas tenían tiempo para comer un pedazo de pan



Postrado a los pies de la Medianera de todas las gracias, le imploró: "María, Madre amorosa y poderosa, preserva a estos amados hijos míos"



San Juan Bosco, fotografiado en 1878 (arriba) y en 1861 (abajo), en Turín (Italia)

y otras lo hacían junto a algún infectado altamente contagioso. Algunos pasaban noches de vigilia para no dejar al enfermo sin asistencia. A pesar de todo, ¡estaban siempre contentos y felices!

Don Bosco les superaba a todos en dedicación. Se ocupaba primordialmente de administrar los sacramentos, pero no perdía la ocasión de ayudar donde fuera necesario. Durante un largo período tan sólo tuvo una o dos horas por día para descansar, en un sofá o en un sillón.

Las precauciones para evitar el contagio se volvían impracticables ya en el segundo o tercer día de combate. Cierta tarde, en un hospital, un jovencito "acolitaba" a Don Bosco, que iba de cama en cama administrando la Unción de los Enfermos. Cuando un médico lo vio le dijo:

—Don Bosco, ¿qué hace? ¡Ese joven no puede ni debe estar aquí! ¿No cree que es una grave imprudencia?

—No, no, doctor. Ni él ni yo tenemos miedo del cólera. Tranquilo, que no nos pasará nada.

La fuerza de la fe de un auténtico sacerdote

En efecto, él y los jóvenes del Oratorio solamente tenían una preocupación: aliviar el cuerpo y salvar almas. De ellos mismos cuidaría la Divina Providencia. Y, de hecho, ¡bien que los cuidó! Durante tres meses provocaron y afrontaron la epidemia. A lo largo de ese tiempo ésta los rondaba a todo momento, pero una fuerza invisible le impedía contagiarlos: todos atravesaron ilesos la gran tormenta.

¿De dónde provenía esa fuerza?

De la fe de un auténtico sacerdote de Nuestro Señor Jesucristo. ✦

¹ Cf LEMOYNE, Giovanni Battista. *Memorie biografiche di Don Giovanni Bosco*. San Benigno Canavese: Libreria Salesiana, 1905, v. V, pp. 75-103.



Gustavo Kralj

Durante la Pasión, María soportó los peores padecimientos que una madre podría concebir. En la Resurrección de Jesús, no obstante, la consolación superó el dolor de todas las espadas que habían traspasado su alma.

Arriba, Nuestra Señora y San Juan Evangelista, detalle de La Crucifixión, por Fra Angélico - Museo de San Marcos, Florencia (Italia)

MARÍA SANTÍSIMA
EN EL MISTERIO DE LA RESURRECCIÓN DEL SEÑOR

El triunfo de la fe marial

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

Depositado el cuerpo de Jesús en el sepulcro, Nuestra Señora se dirigió a su casa acompañada por el discípulo amado. Con el regreso al recogimiento, los terribles sufrimientos del día se abatieron nuevamente sobre Ella, haciéndole sentir el peso de una gran soledad. Para María la tierra parecía estar vacía, pues faltaba aquel que llena el universo con su presencia.

Pero Ella esperaba con confianza la Resurrección, convencida de que ocurriría en breve sólo porque Jesús así se lo había revelado. El profundo dolor en absoluto había sacudido su fe.

Concibiendo la figura del Mesías glorificado

Llegada la noche del sábado, una luz empezó a rayar en el espíritu de María, aún ofuscado por la prueba. Para que su martirio tuviera más mérito Dios quería que Ella venciera en su alma todavía un último combate.

Así como la Encarnación del Verbo se había dado en el momento en que Nuestra Señora completó en su mente la imagen del Mesías sufridor y redentor, la Resurrección se efectuaría cuando Ella consumara en su corazón la figura del Mesías glorificado y exaltado. Y la misma llama de la fe que había sustentado la semilla

de la Iglesia en aquel día, finalmente se cristalizaría en la certeza de la Resurrección.

Ella pensó, rezó y meditó en todas las glorias que su Hijo debería recibir por el cumplimiento de su misión entre los hombres y, al terminar esa oración ante Dios, se obró la unión del alma santísima de Jesús con el purísimo cuerpo que reposaba en el Santo Sepulcro. Eran las tres de la mañana del domingo.

Una visita previa

La luz emanada del sagrado cuerpo de Jesús durante la Resurrección fue tan intensa que empalidecería la propia luz del sol. En pocos instantes se encontraba de pie en el interior del sepulcro, tras atravesar el bendito sudario que lo había envuelto.

Una inmensa alegría inundó el espíritu de Nuestra Señora, porque, incluso antes de aparecésele, Jesús la visitó en su corazón. Se podría decir que, si Ella había muerto místicamente con su divino Hijo a los pies de la cruz, con Él también “resucitó” en la madrugada de la Pascua.

Siendo María el Paraíso de Dios —y, por lo tanto, del Verbo Encarnado—, deseaba Él iniciar en su interior un nuevo régimen de gracias para el mundo que tendría como punto de partida la victoria retumbante del bien, el mayor golpe recibido por el de-



monio en toda la Historia, ¡la Resurrección!

Convivencia impregnada de bienquerencia y ternura

Poco después una fuerte luz iluminó la oscuridad del cuarto de Nuestra Señora y una divina presencia ahuyentó finalmente, junto con las tinieblas de la noche, la prueba del alma de María: era su adorable Jesús que iba a encontrarse con Ella antes que con cualquier otra persona. Con excepción de algunos ángeles que permanecieron de guardia en el Santo Sepulcro, lo acompañaban todos los coros de los espíritus celestiales, los cuales cantaban a su alrededor músicas inefables, nunca oídas por la Santísima Virgen.

De las llagas de Jesús salían haces de clarísima luz y su cuerpo resplandecía como el sol, irradiando intensamente su divinidad. La emoción, el júbilo y la admiración abrasaron el corazón de María. Si éste había soportado los peores padecimientos que una madre podría concebir, en aquel momento la consolación superó el dolor de todas las espadas que habían traspasado su alma.

No imaginemos, con todo, una convivencia meramente formal entre los dos... Aquella hora única en la Historia

estaba impregnada de bienquerencia y ternura, pues Nuestro Señor deseaba con avidez consolar a su Madre por todo lo que Ella había sufrido. Luego la cubrió de caricias, abrazándola y besándola muy afectuosamente. María, a su vez, tomó las manos de Jesús y quiso besar las santas llagas, para venerar allí la Redención de los hombres.

Glorioso testigo de la Resurrección

Repuesta de esa impresión inicial, pudo escuchar las primeras palabras de su Hijo:

—Madre mía, ¡alégrate!

—¡Hijo mío! ¡Mi divino Hijo!

—respondió mientras lo abrazaba.

Nuestra Señora también ansiaba manifestar los torrentes de su cariño a Jesús. Como no le había sido posi-

ble, por expresa voluntad divina, consolarlo cuanto hubiera deseado durante la Pasión, su alma estaba aún traspasada de conmiseración por sus sufrimientos.

Aquel abrazo físico consistió en un largo cruce de afecto, el cual resultó para María en un arrebatamiento al seno de la Santísima Trinidad. Excediendo en mucho a un éxtasis común, ese fenómeno elevó a un grado inimaginable su unión con Dios.

A continuación, los dos tuvieron una demorada conversación, en la cual Nuestro Señor le explicó a su Madre muchos aspectos que aún no le había revelado sobre el significado de los diferentes pasos de la Pasión y su relación con el futuro de la Santa Iglesia. Esa bendecida convivencia duró cerca de tres horas, concluyendo en el amanecer.

Nació el primer *dies Domini* de la Historia, en el que Jesús iniciaría la secuencia de las apariciones recogidas por los evangelistas. María fue escogida, antes que todos, como gloriosa testigo de la Resurrección. ✧

Extraído, con adaptaciones, de: "María Santísima! O Paraíso de Deus revelado aos homens". São Paulo: Arautos do Evangelho, 2020, v. II, pp. 497-513.

Aquella hora única en la Historia estaba impregnada de bienquerencia y ternura, pues Nuestro Señor deseaba consolar a su Madre



APOSTOLADO DEL ORATORIO MARÍA REINA DE LOS CORAZONES

*SEA UD. TAMBIÉN UN COORDINADOR DEL ORATORIO
DEL INMACULADO CORAZÓN DE MARÍA*

ARGENTINA: (011) 3221 1401

ESTADOS UNIDOS: 281 944 9235

CHILE: (56 2) 2706 4000

MÉXICO: (52 55) 2591 9161

COLOMBIA: (091) 594 86 86

PARAGUAY: (021) 660 307

ECUADOR: (593 2) 225 88 40

R. DOMINICANA: (809) 227 72 65

URUGUAY: (598 2) 2320 0712 / 2601 8890

Reflejo del maternal amor de María Santísima

En estos tiempos dominados por la agitación y por la tristeza, son cada vez más numerosas las personas que confían en la maternal intercesión de Dña. Lucilia ante el Sagrado Corazón de Jesús. Y no son defraudadas...



Michelle Fátima Arantes Córte-Real



Reproducción

En el maternal afecto que Dña. Lucilia muestra a sus devotos hay, sin duda, profundos reflejos de la suprema bondad de María Santísima. Y quizá sea ese el motivo por el cual conquista cada vez más corazones.

Al sentirse débiles frente a dificultades insuperables y desamparados delante de peligros y aflicciones, muchos han recurrido a la protección de esa afable mujer, confiando en su poder de intercesión ante el Sagrado Corazón de Jesús. Y no son defraudados.

He aquí algunos testimonios de personas que experimentaron el efecto de su suave y alentadora compasión en estos tiempos dominados por la agitación y por la tristeza.

Cuando fallan las soluciones humanas...

Acostumbrado a pedir el auxilio de Dña. Lucilia e invocarla constantemente en las difíciles situaciones por las cuales pasa en su profesión, el Dr. Carlos Alberto Barreneche Osorio, colombiano residente en el estado de Pará nos escribe para narrarnos los numerosos favores recibidos durante sus experiencias médicas en las precarias regiones del norte de Brasil.

“Siempre que tengo un caso que se escapa de mis manos como médico, procuro pedir un milagro. Y los milagros se los pido a Dña. Lucilia y al Dr. Plinio, que invariablemente me atienden. Es realmente Dios, a través del auxilio de ellos, quien me ayuda a salvar esas vidas”.

Entre los numerosos casos de los que ha sido testigo, el Dr. Barreneche destaca dos de los más recientes, que sucedieron en el municipio de Anapu.

“En enero de este año, una niña llegó al hospital en estado convulsivo debido a la fiebre, lo que es rutina en el área de Urgencias de la región donde estoy de guardia. No obstante, estuvo más de cuatro horas en ese estado, y un cuadro así puede causar la muerte o dejar secuelas en un niño.

“Le di la medicación de protocolo, Diazepam, pero la convulsión no paró. Entonces preparé una segunda ampolla, pero como los síntomas no remitían empecé con el enfriamiento, con Dipirona... También usé Fenitoína, otro medicamento antiepi-

léptico y, finalmente, Midazolam, un anestésico usado en cirugía para entubar y adormecer. Incluso con dosis altas de este medicamento, la crisis no remitía...”.

Agotados los medios humanos para solucionar el estado de su paciente y tras casi cuatro horas de lucha, el Dr. Barreneche decidió recurrir a Dña. Lucilia, para que se encargara de curar a la pequeña que allí se hallaba sufriendo:

“Su madre y su padre se arrodillaron delante de mí y me pidieron que salvara a su hija. Y yo, afligido, sin saber ya qué hacer, cogí una estampa de Dña. Lucilia e hice la señal de la cruz en la cabeza, pecho y hombros de la niña... Fue increíble: en un par de minutos se recuperó como si no hubiera ocurrido nada”.

“Le pedí a Dña. Lucilia que hiciera un milagro”

El segundo hecho le pasó también en una situación de urgencia:

“Cuando llegué al puesto de guardia del hospital había una gestante internada con veintisiete semanas de gravidez y diagnóstico de desplazamiento de placenta, lo cual en cualquier edad es un embarazo de riesgo, tanto para la madre como para

el bebé. La única solución era practicarle una cesárea, que casi equivalía a matar al bebé, pues ciertamente no sobreviviría. Pero si no sacaba a la criatura, la madre moriría...

“No sobraba nada de tiempo para intentar salvar al bebé, que ya estaba con pocas pulsaciones cardíacas. Entonces le pedí primero a Dña. Lucilia que me protegiera y que hiciera un milagro para que el bebé sobreviviera, en un municipio donde no tenemos UTI, no tenemos pediatra, ni tenemos recursos adecuados para mantener a un bebé de veintisiete semanas y que pesaba setecientos gramos...”

“Decidí hacer la cesárea. Fue una operación bastante complicada, tanto por el procedimiento en sí como por las circunstancias...”

“Hice la incisión, saqué al bebé —que para mí estaba muerto en ese momento—, lo cubrí con unas compresas, lo puse en la cama quirúrgica y me dediqué a parar la hemorragia que había en el útero de su madre. De un momento para otro, vi que la compresa empezó a moverse... La levanté y noté que el bebé estaba vivo. Llamé enseguida a la enfermera para que le diera los primeros cuidados, mientras yo acababa la cesárea.

Tan pronto como terminé fui a reanimar al bebé —veintisiete semanas son seis meses y medio, setecientos gramos...— e, increíblemente, estaba llorando y no presentaba ningún problema. Solicité un helicóptero para que lo trasladaran a Santarém, y el bebé sobrevivió.

“En los dos casos, tanto en el de la niña convulsiva como el de la madre que probablemente iba a perder a su bebé, las respectivas familias son evangélicas y reconocieron que lo ocurrido era un milagro”.

“La única salida era arriesgarse y confiar en Dios y en Dña. Lucilia”

El Dr. Barreneche menciona aún otro caso que tuvo lugar en el municipio de Brasil Novo, con otra gestante en grave riesgo de vida que, por falta de estructura hospitalaria, no tenía condiciones de atender, a no ser con un especial auxilio celestial:

“Llegó a Urgencias en estado gravísimo, con preeclampsia y síndrome de Hellp. Pedí ayuda a los hospitales regionales de apoyo, pero me dijeron que no tenían cama ni para el bebé ni para la madre. Entonces, para no perder a los dos, la única salida era arriesgarse y confiar en Dios, en



“De un momento para otro, vi que la compresa empezó a moverse... La levanté y noté que el bebé estaba vivo”

A la izquierda, el Dr. Barreneche con la madre y el bebé prematuro; a la derecha, la niña tras cumplir un año. En la página anterior, Dña. Lucilia Corrêa de Oliveira en 1908 o 1909, con su hijo Plinio en brazos



Fotos: Reproducción

Dña. Lucilia y en el Dr. Plinio, que me ayudaran. Le expliqué a la familia que haría la operación, pero que la paciente corría el riesgo de tener una parada cardiorrespiratoria en el quirófano.

“El problema de esa gestante fue la hemorragia que le dio después de la cesárea. Pensé que se nos iba a causa de la pérdida de sangre. El útero tampoco contraía. Gracias a Dios todo salió bien. Y, como en todo milagro, no les quedaron secuelas”.

Ayuda a un futbolista de Arabia Saudí

Doña Lucilia se ha mostrado solícita en ayudar no solamente en Brasil, sino, como nos cuenta Renato Chaves en su declaración, incluso en el distante Oriente. Y, como madre extremosa que fue durante su vida terrena, parece especialmente empeñada en atender a los padres que ruegan por sus hijos, incluso en las circunstancias más inusuales.

“Mi hijo, Renato Chaves Júnior, futbolista de 29 años, fue contratado en agosto de 2018 para jugar como zaguero, una temporada sólo, en el Club Al-Wehda, de Yeda, Arabia Saudí. Desempeñó muy bien su trabajo, hasta el punto de llegar a ser titular absoluto durante todo el campeonato.

“En enero de 2019 la dirección del club le renovó el contrato por tres temporadas más, o sea, hasta 2021. No obstante, el presidente del club, que también es el príncipe local, nombró a un nuevo comité directivo para la temporada de julio de 2019. Y nada más en la primera sesión de entrenamiento, mi hijo, hasta ese momento titular absoluto, pasó a la plantilla de reserva. El nuevo técnico le informó que iba a traer a sus jugadores y, por ese motivo, ya no le interesaba mantenerlo en el equipo del Al-Wehda.

“Ante esa situación de desgaste en la que le puso el entrenador, la direc-



La niña que tuvo una crisis de convulsión, en los brazos de su madre

“Cogí una estampa de Dña. Lucilia e hice la señal de la cruz en la cabeza, pecho y hombros de la niña...”

ción del club le propuso pagarle sólo el 50% del contrato. Pero mi hijo no aceptó y, en consecuencia, fue excluido del equipo, teniendo que entrenar aislado del conjunto”.

Preocupado con el estado de su hijo, el padre, que se encontraba en Brasil, se puso a rezar, y pidió de manera especial la ayuda de Dña. Lucilia:

“Mientras mi hijo sufría con ese alejamiento del reparto principal, yo, como padre, le rezaba todos los días a Nuestra Señora Aparecida, pidiendo la intercesión de Dña. Lucilia”.

La situación se resolvió de modo inesperado y, antes de que acabara la segunda temporada, Renato ya había logrado de nuevo su puesto:

“El 24 de julio de 2019 empezó la Liga Profesional Saudí y, como era de esperar, mi hijo no fue inscrito. No obstante, en el primer partido bajo el mando del nuevo técnico el Club Al-Wehda obtuvo un pésimo resultado, perdiendo 2 a 0 ante el equipo contrario, lo que ocasionó una enorme revuelta en la afición.

“Los hinchas no sólo no estaban conformes con el resultado catastrófico, sino también indignados con el hecho de que mi hijo no estuviera inscrito en el campeonato. El revuelo fue tal que algunos hinchas, como forma de protesta, llegaron a lanzarles objetos a la dirección, al príncipe/presidente y no paró por ahí... Para sorpresa de la dirección, del nuevo técnico y principalmente de Renato, la afición que estaba en el estadio empezó a gritar: ‘Renato Chaves’.

“Entonces, después de ese primer partido, la dirección, con mucho recelo, llamó a mi hijo para conversar y le pidió que olvidara el episodio, y le dijeron que sería inscrito en la Liga. Volvió a entrenar con el elenco principal y, para mejorar, fue convocado como titular para el segundo partido del club.

“A pesar de la derrota del partido, mi hijo fue sorprendido nuevamente por la afición que aplaudió su actuación en el campo. Hoy, Renato Chaves sigue en el club y poco a poco va ganando apoyo de la afición”.

“Sentí un aliento, como si su chal cayera sobre mis hombros”

También Ángela Graciella dos Santos Lopes Costa, de São Carlos, fue favorecida de modo especial por la intercesión de Dña. Lucilia, cuando se encontraba sin empleo.

“Fui despedida de la empresa en la que trabajé siete años. A partir de entonces, empezó mi calvario para poder colocarme de nuevo en el mercado laboral. Muchos fueron los currículos enviados y, a pesar de

mi formación y experiencia, no obtuve éxito...

“Me di cuenta de que la ayuda tendría que venirme del Cielo... Hice algunas novenas, penitencias, rogué a San José y a las almas del Purgatorio, pero no logré ningún resultado, al menos terreno.

“Necesitaba colaborar en las cuentas domésticas y mi prestación por desempleo había terminado. Infelizmente la cosa se presentaba muy difícil con tan sólo mi esposo trabajando. Cuando me dijo que se iba a trabajar en bicicleta para ahorrar en combustible, mi corazón quedó destrozado...”

Al tomar conocimiento de algunos casos de gracias recibidas por intermedio de Dña. Lucília, Ángela resolvió recurrir a su intercesión:

“En ese momento tuve la certeza de que ella iba a socorrerme también. Fui a la habitación donde tenemos un cuadro de Dña. Lucília, me arrodillé y conversé con ella. Sentí un aliento muy grande, como si su chal cayera sobre mis hombros. Le recé y le canté una canción”.

Entre lágrimas, Ángela concluyó su súplica a Dña. Lucília, con la seguridad de que no la desampararía. Y,



Ángela Gaciella dos Santos Lopes Costa, con un cuadro de Dña. Lucília

“Estoy enteramente convencida de que Dña. Lucília es la gran responsable; esto fue un milagro más de nuestra madre”

antes incluso de lo que esperaba, obtuvo respuesta a su plegaria:

“Aproximadamente una hora y veinte minutos después, suena mi teléfono móvil. Era el encargado de recursos humanos de una empresa, aquella en la que más deseaba trabajar y donde había intentado varias veces conseguir una plaza. Al contestar pensé en el auxilio de Dña. Lucília. El joven me dio algunas informaciones y me dijo que volvería a entrar en contacto conmigo para hablar sobre el proceso de selección. Dos días más tarde me llamó para pedirme mis documentos: no fue necesario ni siquiera una entrevista. Estoy enteramente convencida de que Dña. Lucília es la gran responsable. Esto fue un milagro más de nuestra madre”.

* * *

De este modo, Dña. Lucília ha beneficiado a numerosas almas, abriéndolas no sólo a su auxilio, sino haciéndoles ver en esos favores un reflejo de la excelsa bondad de María Santísima, la cual, mucho más aún que ella, desea amparar a cada uno de sus hijos y reinar cuanto antes en sus corazones. ✧



Doña Lucília

Biografía de Lucília Ribeiro dos Santos Corrêa de Oliveira, escrita por Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP, y editada por la Librería Editrice Vaticana.

Pedidos por teléfono: 11 3221 1401, o por e-mail: correo@mariareina.org.ar



1



2



3



4

Fotos: Eric Salas

España: II Congreso Nacional de Cooperadores

En la casa de los Heraldos del Evangelio de Sevilla la Nueva, provincia de Madrid, se llevó a cabo, del 21 al 23 de febrero, el II Congreso Nacional de Cooperadores. Durante esos días de convivencia hubo varias charlas de formación (foto 1), rezo procesional del San-

to Rosario (foto 2) y otras muchas actividades. El 22 de febrero, aniversario de la aprobación pontificia de la institución, se celebró una Misa en acción de gracias en la parroquia de la Asunción, de Brunete, con recepción de nuevos cooperadores (fotos 3 y 4).



Fotos: Cortesía de Mons. Juan Bautista Itaruma

Tanzania – El 8 de febrero la diócesis de Bunda, situada al norte del país, recibió su primer oratorio “María Reina de los Corazones”, que peregrinará entre las familias que pertenecen a la feligresía de la catedral. Fue acogido en la comunidad de Santo Tomás (Chilinge) con una Eucaristía presidida por el P. Paul Kamuhawa.



1



2



3



4

Fotos: Nuno Moura

Portugal: aniversario de la aprobación pontificia

En Oporto, la Misa conmemorativa del XIX aniversario de la aprobación pontificia de los Heraldos tuvo lugar en la catedral. Fue presidida por el obispo diocesano, Mons. Manuel Linda, (foto 2) y concelebrada por sacerdotes de la institución (foto 3). Al principio, la imagen

peregrina del Inmaculado Corazón de María fue introducida en cortejo por hermanas de la rama femenina (foto 2). Centenares de miembros de la institución abarrotaron el templo y, al final de la celebración, se acercaron para venerar a la imagen de María Santísima (foto 4).



Fotos: Sebastián Cadavid

El Salvador – Mons. Héctor Miguel Cabrejos Vidarte, arzobispo de Trujillo y presidente del CELAM y de la Conferencia Episcopal de Perú, hizo dos visitas consecutivas a la casa de los Heraldos del Evangelio en San Salvador, durante las cuales celebró la Santa Misa y participó en la cena de confraternización con los miembros de la comunidad.



Fotos: Leandro da Silva de Souza

Caieiras – El 3 de marzo el Dr. Luis Fernando Fernández Ochoa, decano de la Escuela de Teología, Filosofía y Humanidades de la Universidad Pontificia Bolivariana, de Medellín (Colombia), hizo entrega del título de Licenciado en Sagrada Escritura a ocho miembros de los Heraldos del Evangelio en una ceremonia presidida por Mons. Benedito Beni dos Santos.



Fotos: Sergio Caspedes Rios

Francisco Morato – Tras estar recorriendo durante algunas semanas varias parroquias del estado de Minas Gerais, la Caballería de María prosiguió sus actividades evangelizadoras visitando, del 10 al 15 de febrero, las residencias y comunidades del Área Pastoral Sagrada Familia, a petición del P. Wanderson da Silva Peixoto.



Fotos: Davi Machiado

Cariacica – Los cooperadores de los Heraldos del Evangelio del estado de Espírito Santo recibieron 20 nuevos miembros en febrero. La bendición e imposición de sus respectivas capas tuvo lugar en la casa de los Heraldos del Evangelio de Cariacica, durante una solemne Eucaristía presidida por el P. Celio Luis Casale, EP.



Cuatrocientas capillas en honor de la Virgen del Valle

Para conmemorar el Año Mariano Nacional y los 400 años del hallazgo de la imagen de Nuestra Señora del Valle, la parroquia de Nuestra Señora del Rosario, con sede en Huafín, de la diócesis argentina de Catamarca, decidió construir en las comunidades de su extenso territorio cuatrocientas grutas dedicadas a esta advocación de la Santísima Virgen. La primera de esas capillas, erigida en Laguna Blanca, fue bendecida el 30 de enero.

La milagrosa imagen de Nuestra Señora del Valle fue encontrada en 1619 o 1620 en una gruta de la provincia de Catamarca. Nunca se supo cómo llegó hasta ese lugar, pero los numerosos milagros que ocurrieron

allí llevaron a la población a construir la actual catedral-basílica de Nuestra Señora del Valle para albergarla y tomarla como patrona de la diócesis.

Una diócesis americana proclama un “Año de San José”

La diócesis estadounidense de Charlotte decidió conmemorar el 150 aniversario del Decreto *Quemadmodum Deus*, mediante el cual el Papa Pío IX declaraba al santo patriarca Patrón de la Iglesia, proclamando el 2020 como el *Año de San José*.

Entre las numerosas actividades previstas estaba la formación de grupos de estudio con el objetivo de preparar a adultos para la consagración al castísimo esposo de María y padre virginal de Jesús. Los cursos se desarrollaron durante los meses de febrero y marzo, bajo el título *Consagración a San José: los milagros de nuestro padre espiritual*.

XII Romería Nacional del Rosario de los Hombres

Del 14 al 16 de febrero cerca de 80 000 personas se congregaron en el Santuario de Nuestra Señora Aparecida para realizar la XII Romería Nacional del Rosario de los Hombres.

El evento comenzó con una Eucaristía en la noche del 14, seguida de una procesión de antorchas y vigilia nocturna de adoración al Santísimo Sacramento. A la mañana siguiente hubo una Misa campal y por la tarde un momento mariano durante el cual, además de rezar el Rosario y renovar la tradicional consagración a Nuestra Señora Aparecida, los peregrinos pudieron dar testimonio de los milagros y gracias recibidos. La programación se clausuró el domingo, día 16, con la Santa Misa.

Durante todo el evento, varios sacerdotes estuvieron a disposición de los fieles para confesar y bendecir a personas y objetos religiosos.

España inaugura una nueva capilla de Adoración Perpetua

La célebre ciudad de Santiago de Compostela ya cuenta con una capilla de Adoración Perpetua al Santísimo Sacramento. La adoración empezó el 20 de enero en la iglesia de San Fernando, con una Eucaristía presidida por el arzobispo de Santiago, Mons. Julián Barrio Barrio, y concelebrada por una decena de sacerdotes. Numeroso grupo de fieles participaron en la ceremonia.

Arco iris en el cielo de Lourdes

El 25 de marzo, Solemnidad de la Anunciación del arcángel a María, los cielos de la ciudad de Lourdes, Francia, se engalanaron con un bello arco iris. Éste apareció en el instante en que las campanas de las iglesias del célebre santuario mariano invitaban a los fieles a la oración. El espectáculo fue registrado en fotografías y vídeos por varios habitantes de la región y noticiado en diversos periódicos *on line*.

Mons. Eamon Martin, arzobispo de Armagh y primado de Irlanda, subrayó en su cuenta de Twitter el hecho de que el surgimiento del arco iris haya coincidido con el momento en que Irlanda era consagrada al Inmaculado Corazón de María.



Reproducción

Con esta ya suman 60 las capillas de Adoración Perpetua activas en España.

Identificado el primer monasterio bizantino de la península ibérica

Tras casi veinticinco años de investigación, especialistas de la Universidad de Alicante y del Museo Arqueológico de Elda, España, confirmaron que las ruinas del yacimiento de El Monastil corresponden a un convento bizantino, el primero en la península ibérica.

Al principio los estudiosos creían que se trataban de restos de un asentamiento romano o visigodo, pero recientes descubrimientos deshicieron definitivamente la confusión. En el lugar fueron encontrados pesos con inscripciones en griego, los cuales desde el siglo VI las principales iglesias de cada ciudad del Imperio romano estaban obligadas a guardar, por decreto de Justiniano, para garantizar la idoneidad de las medidas utilizadas por los comerciantes.

Durante las últimas excavaciones fueron identificados también algunos objetos litúrgicos inconfundibles: la basa octogonal de columna, típica de la arquitectura bizantina, y un *pyxide* o cajita cilíndrica de marfil, en el cual se guardaba el Santísimo Sacramento. Los bizantinos se instalaron en la península ibérica, desde el sur de Portugal hasta Valencia, en el siglo VI.

“Heroína de la castidad” será declarada Bienaventurada

El obispo diocesano de Crato, Mons. Gilberto Pastana de Oliveira, anunció que la Sierva de Dios Benigna Cardoso da Silva será proclamada Bienaventurada el 21 de octubre, durante una ceremonia en la catedral de esa ciudad del nordeste de Brasil.

Nacida en Santana do Cariri, estado de Ceará, el 15 de octubre de 1928, Benigna fue martirizada a los 13 años por haber rechazado las tor-

pes exigencias de un joven que, ante su negativa, la atacó con un machete el 24 de octubre de 1941.

Hace dieciséis años que se viene realizando una romería en homenaje de la *Heroína de la castidad*, que reúne a cerca de 30 000 personas.



Sanctuario de N. D. Yagma

Burkina Faso es consagrada al Inmaculado Corazón de María

El 2 de febrero, ocho obispos de la Conferencia Episcopal de Burkina-Níger consagraron Burkina Faso al Inmaculado Corazón de María. El acto se llevó a cabo durante la tradicional peregrinación nacional al santuario mariano de Yagma, de la arquidiócesis de Uagadugú.

En su homilía Mons. Laurent Birfuoré Dabiré, obispo diocesano de Dori y presidente de la mencionada conferencia episcopal, subrayó que se trata de “un acto de confianza, fe y esperanza de que con María, que intercede por nosotros, Dios nos dará la victoria sobre el mal y con esto la fuerza para trabajar en la construcción de un mundo más fraterno”.

De los veinte millones de habitantes que componen la población de Burkina Faso aproximadamente el 60% son musulmanes y el 17% católicos.

Tapices sacros de Rafael expuestos en la Capilla Sixtina

Para recordar los 500 años de la muerte de Rafael Sanzio, algunos tapices de este célebre pintor renacentista estuvieron expuestos durante una semana, del 17 al 23 de febrero, en la Capilla Sixtina, lugar para el cual fueron originalmente diseñados. Retran escenas de los Hechos de los Apóstoles, como San Pablo

predicando a los paganos en Atenas, su conversión camino de Damasco, la muerte de Ananías o el apedreamiento de San Esteban.

Las piezas estaban bastante deterioradas y tuvieron que ser restauradas en los talleres de los Museos Vaticanos. El delicado trabajo, que duró diez años, exigió la sustitución de hilos de seda, de lana e incluso de oro y plata, materiales usados para conferir brillo a los tejidos. Cada uno de los tapices mide cinco metros de largo por cuatro de alto, con un peso de sesenta kilos.

Aplicación indica lugares de Adoración al Santísimo

Está a disposición en internet la aplicación *Adoración GO*, que permite localizar, en tiempo real, los lugares más próximos donde se encuentra expuesto el Santísimo Sacramento.

Las Adoraciones Perpetuas están señaladas con el mensaje “24 horas” en color verde. Si la adoración ocurre sólo durante unas horas al día, la aplicación informa el horario y al elegir determinado sitio muestra el camino más corto para llegar allí. Además, iconos indican si se trata de una iglesia o de algún centro público como hospitales, colegios o seminarios. También se ofrecen textos para lectura relacionados con el sacramento de la Eucaristía.

De momento, la herramienta sólo funciona en España. En el caso de que se desee agregar nuevos lugares, es necesario que alguien de la parroquia o de la diócesis entre en contacto con los administradores y facilite las informaciones necesarias.

Los organizadores de esta iniciativa son los mismos que anteriormente habían creado otra aplicación muy útil para los católicos españoles: el *Confesor GO*, que permite encontrar el lugar más cercano donde hay un sacerdote disponible para administrar el sacramento de la Reconciliación.

Signos de vida en el Santo Sudario de Turín

Una reciente investigación publicada en la revista *Scientia et Fides*, con el título *Signos de vida en la figura de la Síndone de Turín*, acrecentó inéditos aspectos al estudio de la Sábana Santa. Hasta el momento las investigaciones focalizaban principalmente el origen e historia del tejido, la coincidencia de las heridas con las del Crucificado y la forma cómo la imagen del Señor quedó impresa. El mencionado estudio, no obstante, realizado por el Dr. Bernardo Hontanilla Calatayud, catedrático de Cirugía Plástica, Estética y Reparadora de la Clínica Universidad de Navarra, España, concluyó que la figura estampada en el tejido no corresponde a la de un cadáver, sino a la de una persona viva, que está levantándose de la posición de decúbito supino.

En su trabajo, el Dr. Hontanilla pone de relieve la “simetría absoluta” existente entre lo que el análisis de la imagen estampada en la Síndone revela y la narración evangélica sobre la Muerte y Resurrección de Jesús, y expone que el Sudario de Turín “muestra a la vez signos de muerte como de vida de una persona que dejó su imagen impresa en un momento en el que estaba viva”.

Sirviéndose de los conocimientos de la ciencia sobre el *rigor mortis* y la posterior flacidez de los cadáveres, y analizando la postura de la cabeza, de los brazos y de las piernas, el estudio concluye que “la imagen dinámica, [...] pudo haberse producido en cualquier momento entre el cerramiento de la tumba y las 30 horas siguien-



Reproducción

tes a la muerte, pero estando vivo”. Y el Dr. Hontanilla agrega: “Lo afirmo y defiendo científicamente donde sea necesario. Si todos estos signos que aparecen en la Síndone los unimos a todo lo que está escrito en los Evangelios, entonces coincide el cien por cien no sólo en la muerte, sino también en la Resurrección”.

GAUDIUMPRESS
Un instrumento para la Nueva Evangelización

• Español • Inglés • Portugués • Italiano



• Noticias • Opinión • Videos • Fotos

Hechos relevantes de la Iglesia católica y temas afines

Regístrese

gratuitamente en

es.gaudiumpress.org

- ✓ 30 días con el Papa
- ✓ Mundo
- ✓ América Latina
- ✓ Roma
- ✓ Espiritualidad

El triste final de una envidiosa perla

Éramos grandes amigas, pero poco a poco se fue volviendo amarillenta, sucia y rugosa. Dejó de ser una perla blanca como yo. Comprendí entonces de qué mal sufría aquella antigua compañera mía...



Sarah Ramos Mafort



Contemplando un paisaje marítimo un día de calma, con los poderosos rayos del astro rey incidiendo sobre las olas suaves y uniformes, fácilmente se ignora la vida existente en las profundidades del océano.

Nosotras, las perlas, habitamos bajo las aguas en lugares donde hay una oscuridad casi completa; pues, aunque el sitio donde vivimos esté bañado por la luz, permanecemos siempre encerradas en el interior de nuestras respectivas ostras.

Es lo que me sucedía a mí. Monótona transcurría mi vida, hasta que cierto día sentí una sacudida y, muy asustada, percibí que la sólida cora-

za que me protegía cedía a una fuerza superior.

De repente, una intensa claridad invadió mi entorno. Me quedé ofuscada unos instantes hasta que, tras acostumbrarme a la luz, vi por primera vez un ser humano... Era un pescador. ¡Oh, cuánta alegría sentí al notar el desvelo con el que me trataba!

Me sacó con delicadeza del interior del molusco, me lavó cuidadosamente y me acomodó en una bella caja de terciopelo, donde permanecí a disposición de quien quisiera comprarme. Al mirar a mi alrededor me di cuenta de que no estaba sola: otras muchas perlas, de los más variados colores y tamaños, se encontraban a mi lado.

Hubo una que atrajo especialmente mi atención por parecerse a

mí. Enseguida nos hicimos amigas; éramos simples perlas blancas, pero nos quedamos extasiadas con la extraordinaria belleza de las demás: había unas pocas perlas negras —más raras y por eso, como supe después, más caras— algunas azules y otras rosadas.

Pasaban los días y nos percatamos de que una gran multitud de personas, entre ellas nobles señoras, nos miraban y tocaban encantadas, como si fuéramos verdaderas rarezas. Al ver a las ilustres damas cruzando por allí con collares hechos de otras perlas, aumentamos el número de nuestras amigas.

Sin embargo, mi compañera no participaba a menudo de nuestra alegría y pensaba ella:

—¿Por qué estoy en este sitio? Esas perlas negras y azules, por su rareza, poseen un valor muy superior al mío. Me siento molesta observando cómo los ojos humanos brillan más al verlas a ellas que fijándose en mí.

Tales reflexiones, amigos míos, hacían que esa pobre perla no sólo tuviera envidia de las cualidades ajenas, sino también que se sublevaba contra quien la trajo a la luz. Un día, por ejemplo, me dijo:

—Querida compañera, ¿no ves lo insignificantes que somos? ¿De qué vale permanecer aquí entre las demás? Volvamos al océano, a los lugares donde los rayos del sol no llegan, y seremos las estrellas del fondo del mar. Allí abajo no habrá nadie superior a nosotras. Sin luz que nos ilumine, podremos imaginarnos negras, azules, rosas, doradas o verdes... ¡lo que queramos!

Decía esas cosas a un tiempo emocionada y enfurecida, como nunca la había visto antes. Confieso que me quedé bastante asustada y percibí que mi pobre amiga se había dejado tomar por una ilusión, fruto de su envidia. Cuanto más intentaba ayudarla, más se distanciaba de mí.

Noté que continuaba pensativa, pero no volvió a tratar el asunto durante varios días. Una tarde, el pescador se acercó para coger una perla rosa que una distinguida mujer quería comprar. En ese instante, vi que mi amiga se movía, como si alguna cosa la hubiera entristecido, pues ha-

cía semanas que permanecía callada. Entonces me contestó:

—No te preocupes. Es que cada vez que diviso venir al pescador siento una fuerte repulsa interior. Él es la causa de todas mis desgracias. Él fue el que me trajo a este lugar, ¡quitándome la libertad de ser aquello que yo quiero!

Al oír eso, ¡no podía soportarlo! Sus argumentos eran una declaración de estupidez. ¿Cómo podía decir que el pescador le había robado la libertad cuando, por el contrario, había sido él quien la liberó de la prisión de la ostra, llevándola a la luz?

El tiempo fue pasando y, a pesar de que mi compañera no me dirigía la palabra, aún me preocupaba por ella. Al observarla noté que, de blanca como era, iba volviéndose amarillenta y rugosa. ¡Hasta que un día percibí que había adquirido el aspecto de un pedrusco! Algo ya no nos unía; ya no era una de las nuestras.

Viendo que aquel insignificante objeto estaba ocupando espacio en una bonita caja de terciopelo en el sitio que antes había una admirada gema, el pescador se entristeció. La presencia de algo tan banal al lado de sus preciosas perlas rompía la belleza y armonía del conjunto. No sin haberlo pensado, ¡la arrojó al fondo del mar nuevamente!

En ese momento, pensando en el dolor que sentía el pescador al ima-



De repente, una intensa claridad invadió mi entorno; me quedé ofuscada...

ginar que todo su trabajo por mi hermana había sido infructuoso, dos gruesas lágrimas rodaron por mi cara. Y mi pobre corazón clamó, entre sollozos:

“¡Oh, banal pedrusco! De perla luminosa que eras, quedaste oscuro, apagado, y volviste al lecho del océano. Cuánto valor poseías, cuántas coronas de reyes o diademas de reinas podrías haber adornado y, no obstante, preferiste caer en las tinieblas del fondo del mar, donde no hay luz que realce belleza alguna”.

Todo fue debido, amigos míos, a que aquella perla infeliz, mi antigua compañera, no quiso reconocer el gran aprecio del pescador por cada una de nosotras y, al ver el cariño que mostraba a las otras, se llenó de envidia.

¡Pobre perla! ¡Cuántas veces acudía a limpiarla de la más mínima manchita, por recelo de ver su brillo —que tanto admiraba— menos intenso! En numerosas ocasiones lo vi acercándose de puntillas para observarla, y noté cómo su semblante se toldaba por la preocupación al constatar su decadencia.

Entonces aprendí que cada perla tiene un valor único a los ojos del pescador y que por cada una está dispuesto a hacer de todo. Si mi hermana hubiera creído en ello, no habría sufrido aquel final... Porque el mejor remedio contra la envidia era considerar el amor que él depositaba en nosotras. ✧



Entonces aprendí que cada perla tiene un valor único a los ojos del pescador, ya sea negra, azul, rosa o dorada

LOS SANTOS DE CADA DÍA

- 1. Beato Carlos de Austria**, rey (†1922). Después de padecer con heroísmo católico la caída del Imperio austrohúngaro tras la Primera Guerra Mundial muere exiliado en la isla de Madeira, Portugal.
- 2. San Francisco de Paula**, ermitaño (†1507 Plessis-les-Tours - Francia).
Santa Teodora, virgen y mártir (†307). Joven de 18 años que fue presa, torturada y arrojada al mar por haber dado muestras de apoyo y veneración a los cristianos llevados al tribunal en Cesarea de Palestina.
- 3. Beato Juan de Pina**, presbítero (†1275). Enviado por San Francisco de Asís a la Galia Narbonense, Francia, propagó allí la nueva forma de vida evangélica.
- 4. San Platón**, abad (†814). Siendo superior del monasterio de Sakudión, Bitinia, luchó enérgicamente contra los iconoclastas, opositores al culto de las sagradas imágenes.
- 5. Domingo de Ramos en la Pasión del Señor.**
San Vicente Ferrer, presbítero (†1419 Vannes - Francia).
Santa María Crescencia Höss, virgen (†1744). Religiosa franciscana que fue maestra de novicias y superiora del convento de Kaufbeuren, Alemania.
- 6. San Filarete**, monje (†1070). Aun habiendo nacido en un ambiente musulmán, supo seguir la verdadera fe y dedicarse a la oración. Murió en el monasterio de San Elías, cerca de Palmi, Italia.
- 7. San Juan Batista de la Salle**, presbítero (†1719 Ruan - Francia).
Beatos Eduardo Oldcorne, presbítero, y **Rodolfo Ashley**, mártires (†1606). Religiosos jesuitas presos, torturados y descuartizados vivos en el reinado de Jacobo I de Inglaterra.
- 8. Beato Clemente de Osimo**, presbítero (†1291). Prior general de los Ermitaños de San Agustín, que reformó sabiamente las leyes de su Orden.
- 9. Jueves Santo en la Cena del Señor.**
San Acacio, obispo (†s. V). Se interesó en redimir a unos persas cautivos y sometidos a crueles torturas y, tras el rescate, los convirtió a la verdadera fe.
- 10. Viernes Santo en la Pasión del Señor.**
Santa Magdalena de Canossa, virgen (†1835). Renunció a las riquezas para seguir a Cristo y fundó en Verona los institutos de las Hijas y de los Hijos de la Caridad.
- 11. Sábado Santo de la Sepultura del Señor.**
San Estanislao, obispo y mártir (†1079 Cracovia - Polonia).
Santa Gema Galgani, virgen (†1903). Mística llena de ardor por la cruz de Cristo, que tuvo como privilegio recibir los estigmas de la Pasión y morir un Sábado Santo, a la edad de 25 años.
- 12. Domingo de Pascua de la Resurrección del Señor.**
Santa Teresa de Los Andes, virgen (†1920). Carmelita chilena que ofreció su vida a Dios por la conversión del mundo. Murió con 19 años.
- 13. San Martín I**, Papa y mártir (†656 Quersoneso - Ucrania).
San Carádoco, presbítero y ermitaño (†1124). Tocaba arpa en el palacio real de Gales y al constatar que en aquel ambiente se amaba más a los perros que a los hombres decidió servir al Rey de los Cielos.
- 14. Santa Liduina**, virgen (†1433). En los Países Bajos, soportó con paciencia los sufrimientos corporales que la afligieron, ofreciendo sus dolores por la conversión de los pecadores y la salvación de las almas.
- 15. Beato César de Bus**, presbítero (†1607). Tras abandonar el mundo, fundó en Aviñón, Francia, la Congregación de los Padres de la Doctrina Cristiana, con la finalidad de catequizar a la infancia, los pobres y los campesinos.
- 16. San Drogón**, recluso (†c. 1186). Anhelando llevar una vida sencilla y recogida, vivió cuarenta años en una pequeña celda anexa a la iglesia de Sebourg, Francia, desde donde podía asistir a Misa a través de una ventanilla.
- 17. Beato Jacobo de Cerqueto**, presbítero (†1367). Integrante de la Orden de los Eremitas de San Agustín, demostró heroica virtud al asumir serena y resignadamente las enfermedades que le aquejaban.
- 18. San Galdino**, obispo (†1176). Creado cardenal por Alejandro III, trabajó en la restauración de la ciudad de Milán destruida por la guerra.
- 19. II Domingo de Pascua o de la Divina Misericordia.**
Beato Jacobo Dukett, mártir (†1602). Tras nueve años de cárcel por vender libros católicos, en su librería de Londres, sufrió el martirio durante el reinado de Isabel I de Inglaterra.
- 20. Beata Clara Bosatta**, virgen (†1887). Con la ayuda de San Luis



Reproducción



Guillermo Kraijl



Reproducción

**Santa Magdalena de Canossa; San Adalberto de Praga - Iglesia de los Dominicos, Cracovia (Polonia);
Santa Teresa de Los Andes, con el hábito de profesa**

Guanella fundó la Congregación de las Hijas de Santa María de la Providencia en Pianello, Italia.

21. San Anselmo, obispo y doctor de la Iglesia (†1109 Canterbury - Reino Unido).

San Román Adame, presbítero y mártir (†1927). Ejerció clandestinamente su ministerio sacerdotal hasta ser descubierto y fusilado en Nochistlán, México.

22. Santa Senorina, abadesa (†c. 980). Descendiente de noble familia de Braga, Portugal, recibió el hábito en el monasterio benedictino de San Juan, de Vieira do Minho, del que fue superiora.

23. San Jorge, mártir (†s. IV Palestina).

San Adalberto de Praga, obispo y mártir (†997 Tenkitten - Rusia).

San Gerardo, obispo (†994). Durante los treinta y un años que fue obispo de Toul, Francia, dotó a la ciudad de excelente legislación, creó obras de auxilio a los pobres, dedicó la iglesia catedral y ayudó a los monasterios.

24. San Fidel de Sigmaringa, presbítero y mártir (†1622 Seewis - Suiza).

San Guillermo Firmato, eremita (†1103). Canónigo y médico en Tours, Francia, hizo una peregrinación a Jerusalén y pasó en soledad el resto de su vida.

25. San Marcos, evangelista.

San Esteban de Antioquía, obispo y mártir (†479). Por defender la fe católica en Antioquía, en la actual Turquía, fue arrojado al río Orontes, donde murió ahogado.

26. III Domingo de Pascua.

Nuestra Señora del Buen Consejo.

Beato Estanislao Kubista, presbítero y mártir (†1942). Sacerdote polaco, entregó su espíritu tras sufrir atroces tormentos en el campo de concentración de Sachsenhausen, Alemania.

27. San Pedro Armengol, religioso (†1304). Se convirtió de la vida pésima que llevaba y, habiendo

ingresado en la Orden de la Merced, se dedicó a rescatar a los esclavos cristianos en África.

28. San Pedro Chanel, presbítero y mártir (†1841 Futuna - Oceanía).

San Luis María Grignon de Montfort, presbítero (†1716 Saint-Laurent-sur-Sèvre - Francia).

Beata María Luisa de Jesús Trichet, virgen (†1759). Primera religiosa y superiora de la Congregación de las Hijas de la Sabiduría, fundada por San Luis María Grignon de Montfort.

29. Santa Catalina de Siena, virgen y doctora de la Iglesia (†1380 Roma).

San Tíquico. Discípulo del apóstol San Pablo, de quien mereció ser llamado “hermano querido y ministro fiel” (Ef 6, 21).

30. San Pío V, Papa (†1572 Roma).

Beato Pedro Levita, diácono (†605). Designado por el Papa San Gregorio Magno para administrar el patrimonio de la iglesia de Roma, supo hacerlo con prudencia y sabiduría.



Proclamando en las calles

Incluso viviendo en medio del trajín diario de las ciudades modernas, honrar el holocausto de Jesús y las lágrimas de su Madre es el deseo vehemente de los que participan en las procesiones de Antigua Guatemala.

José Carlos Torres

Desperta nuestra atención contemplar, en los más variados pueblos, costumbres fielmente transmitidas de padres a hijos a lo largo de las generaciones. Nos admiramos, sobre todo, al comprobar que muchos de esos hábitos nacieron del amor a Jesucristo, nuestro Señor, atesorando bellezas y esplendores que no son sino frutos de su preciosísima sangre.

Una de esas tradiciones perdura hace más de 400 años en la población de Antigua Guatemala: se trata

de la procesión de Semana Santa que recorre las calles ornando el Triduo Pascual con manifestaciones de seria y sincera piedad heredada de los colonizadores españoles.

A partir del Sábado de Pasión, el que precede al Domingo de Ramos, ciertas calles de la ciudad se abarrotan de devotos que desfilan en oración, a fin de preparar sus almas para celebrar la Muerte y Resurrección de Jesús. Dichas procesiones, no obstante, llegan a su apogeo el Viernes Santo. Entre las que se realizan ese día destaca la del Cristo del Amor,

cuya imagen representa al Salvador muerto y sepultado.

El cortejo sale de la iglesia de Santo Domingo precisamente a las tres de la tarde —hora en que el Crucificado entregó su espíritu— y concluye inada menos que a las tres de la madrugada! Ciento cincuenta hombres vestidos con el peculiar traje de *cucurucho* llevan al Señor por turnos. Desempeñan de este modo una honrosa función que es legada por los padres a hijos, nietos y bisnietos, a través de generaciones.

Para acompañar el desfile resueñan marchas fúnebres tocadas por



Lucy Brown / Diálogo



Lucy Brown / Diálogo





la victoria de la cruz



Hna. Gabrielli Ramos de Siqueira, EP

una banda, tras la cual siguen las andas con la imagen de Nuestra Señora de la Soledad, la primera con esta advocación que llegó a tierras guatemaltecas. Ochenta mujeres la transportan vestidas de negro y cubriéndose la cabeza con un velo. También para la Virgen hay un conjunto musical, que interpreta bellas melodías en honor de la *Mater Dolorosa*.

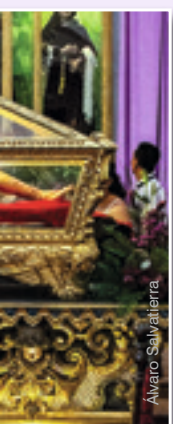
Un inmenso espíritu de veneración impregna el evento, durante el cual los participantes guardan respetuoso silencio... En el momento del cambio de turnos, suena una

campana, cuyo tañido sirve de orden de mando: los que cargan las andas sobre sus hombros colocan la horquilla de descanso y, mientras la sostienen, los que van a sustituirlos hacen una breve oración de rodillas; al segundo toque, se levantan y hacen el relevo.

Incluso viviendo en medio del trájín diario de las ciudades modernas, honrar el holocausto de Jesús y las lágrimas de su Madre es el deseo vehemente de los que participan en esas procesiones, pues tal anhelo brota de modo irresistible en el espíritu de to-

dos aquellos que los aman y se sienten amados por Ellos.

Así, por mayores que sean las artimañas empleadas por el enemigo infernal contra la Santa Iglesia, siempre habrá hijos e hijas suyos empeñados en confesar su fe en aquellos que los purificaron y salvaron a través de sus dolores. Y las piadosas manifestaciones nacidas de esa devota actitud proclamarán delante de todos uno de los más bellos principios del cristianismo: la victoria sobre el mundo, el demonio y la carne sólo se conquista por el amor a la cruz. ✧



Álvaro Salvatierra



Álvaro Salvatierra



Matyas Rehal / Dreamstime.com

Arriba, procesión del Señor Sepultado, El Calvario. Al lado: Jesús Nazareno de la Dulce Mirada, Santa Ana; Santísima Virgen de Dolores, La Merced; Jesús Sepultado, San José Catedral; Jesús Nazareno, La Merced; y Nuestra Señora de la Paz, El Calvario



Santo Tomás toca las llagas de Cristo - Basílica de Santo Tomás, Chennai (India)

Gustavo Kraij

Incredulidad ventajosa para nosotros

Tras presenciar los magníficos milagros que el divino Maestro había realizado, lo vieron apresado, flagelado, preterido en favor de Barrabás, levantado en el madero de la cruz entre dos malhechores y muerto ante un generalizado repudio. Esos elegidos por el Padre para ser los heraldos no sólo de la Pasión, sino también de la Resurrección, necesitaban ver al Mesías en su sagrado cuerpo glorificado.

Su incredulidad, culposa o no, ha de ser tenida como extremadamente ventajosa para nosotros: “Para que también vosotros creáis”

(Jn 19, 35). En su sabiduría eterna e infinita, la Providencia divina había concebido a esos insuperables testigos, a esos primerísimos heraldos del Evangelio. Para nosotros vieron, fueron puestos a prueba, creyeron, escribieron. Y ahora nos ha llegado el turno de dar nuestro testimonio y, si no creemos, no tendremos excusa alguna. Estamos destinados a la bienaventuranza de creer sin haber visto para que, así, podamos entrar en la vida eterna.

Mons. João Scognamiglio Clá Dias